

LA CONQUISTA DESPUÉS DEL DESASTRE. *GUATIMOZÍN*  
*Y HERNÁN CORTÉS. DIÁLOGO (1899)*,  
DE FRANCISCO PI Y MARGALL

Salvador BERNABÉU ALBERT

Nosotros somos los que tenemos que decir  
las palabras finales del diálogo mortal que  
iniciaron Cuauhtémoc y Hernán Cortés.

Octavio Paz, *Dos mitos*.

*De estatuas, héroes y naciones en el siglo XIX*<sup>1</sup>

El 21 de agosto de 1887, numerosos políticos, escritores y curiosos se reunieron en el paseo de la Reforma, de la capital mexicana, para inaugurar un gran monumento en memoria de Cuauhtémoc, el último caudillo azteca. Francisco del Paso y Troncoso pronunció un discurso en náhuatl, siguiéndole Alfredo Chavero con otro en castellano. Al final del mismo, este último arengador invitó al presidente Porfirio Díaz (que había promovido la construcción del monumento mediante un concurso público convocado en 1877) para que inaugurase el gran pedestal, coronado con la estatua del héroe azteca, obra del escultor Noreña, con las siguientes palabras: “Señor presidente, ha más de tres y media centurias que el gran Cuauhtemotzin caía en la ciudad de México en poder de Hernando Cortés, capitán del emperador austriaco Carlos V; y hace veinte años, que tras cruenta lucha con uno de los descendientes del mismo Carlos V, recobrabais para la patria la ciudad de México, y se os entregaban presos en el palacio nacional los soldados austriacos. Vos le habéis dado la revancha a Cuauhtémoc; de derecho os toca descubrir su estatua.”<sup>2</sup> Así lo hizo el viejo presidente, con-

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca en el proyecto “Nación y pensamiento científico en la construcción de las identidades americanas, 1870-1930” (PB-96-0868 DGES), dirigido por la doctora C. Naranjo Orovio. En la elaboración del mismo he contado con los fondos del Instituto de México en España, que dirige la infatigable Luz del Amo. Mi agradecimiento a ella y al resto del personal del instituto, en especial a María Luisa Capella. Gracias, por último, a los que anónimamente han leído el trabajo y han contribuido a enmendarlo.

<sup>2</sup> Citado por Josefina García Quintana, *Cuauhtémoc en el siglo XIX*, México, UNAM, 1977, p. 26.

tribuyendo con su presencia a dotar al país de un nuevo “lugar de la memoria”.<sup>3</sup>

La función de las estatuas en el México decimonónico fue muy importante. En una nación que contaba con un bajo porcentaje de escolaridad a lo largo de la centuria, la historia patria —forjadora de un imaginario que aspiraba a convertirse en un imaginario colectivo— debía salir de los discursos políticos, los festejos públicos y las ceremonias civiles para llegar al mayor número de ciudadanos posible. Así, la pedagogía cívica utilizó los conjuntos escultóricos, las tumbas, las pinturas, los grabados, las banderas, los natalicios, los himnos, las ceremonias fúnebres, etcétera, para transmitir un mensaje histórico —elaborado por las elites gobernantes— capaz de reunir y fusionar a la nación y construir un destino común.<sup>4</sup> Además, ese mensaje histórico se recreaba en ciertos sucesos históricos (valerosos los más) y en concretas figuras que, extraídas del pasado, se les moldea a imagen de las necesidades y de las cualidades imaginadas para la nueva nación. El héroe no sólo debía recordar y recrear el pasado, sino enseñar y transmitir (mágicamente) a los ciudadanos una serie de valores y de cualidades que, por supuesto, él encarnaba en estado puro. No es de extrañar, por tanto, que el venezolano Juan Vicente González imagine un Bolívar que tenía: “Ojos azules y color blanco, que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas”,<sup>5</sup> y que, en México, Cuauhtémoc aparezca como “De patriotismo y de valor dechado, con sed de gloria y entusiasmo ardiente”, en palabras de Francisco Sosa (1887), o en versos de Manuel Estrada: “¡Guerrero invicto de la patria mía, / Monarca excelso que aterró al hispano. / Último azteca del imperio indiano, / Mártir sublime de hecatombe impía!”<sup>6</sup>

Este cúmulo de perfecciones, este retrato ideal del último caudillo azteca no es casual. Lo podemos encontrar a docenas en los periódicos y en los libros del México decimonónico, pues, como ha señalado

<sup>3</sup> Pierre Nora (director), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984-1992; volumen I: *La République*; volumen II: *La Nation* (3 tomos); y volumen III: *Les Francs* (3 tomos). Véase, además, los trabajos incluidos en Josefina Cuesta Bustillo (editora), *Memoria e historia*, Madrid, Marcial Pons, 1998.

<sup>4</sup> Para otras latitudes, pero en la misma época, véase el trabajo de Lilia A. Bertoni, “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 5, 1992, p. 77-111. Para España, véase el interesante y sugestivo libro de Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.

<sup>5</sup> Citado por Nikita Harwich Vallenilla, “El discurso historiográfico de Venezuela en el siglo XIX”, *Revista de Indias*, núm. 200, v. LIV, 1994, p. 637-653.

<sup>6</sup> García Quintana, *op. cit.*, p. 105.

Josefina García Quintana, Cuauhtémoc se transformó a lo largo de la centuria en el símbolo por excelencia de la lucha contra la dominación extranjera y en el emblema de la resistencia y de la valentía. Su elaboración se inició en la primera mitad del siglo XIX, pero es en la segunda cuando la figura gana la batalla a otros personajes históricos aztecas —como Cuitláhuac o Xicoténcatl—, se entroniza en el panteón heroico nacionalista y se populariza gracias a monumentos, himnos, poemas, relatos, topónimos, callejeros, cuadros, litografías y marcas comerciales. En 1893, la cervecería Cuauhtémoc de Monterrey envió una estatua del héroe a la exposición universal de Chicago. Años después, varios políticos, escritores y periódicos se lanzarían a la búsqueda de sus restos, esperando que el prestigio alcanzado por el personaje les fuera transmitido automáticamente con el hallazgo. Cuauhtémoc, símbolo por antonomasia de la libertad, la independencia y la justicia necesitaba elevarse a los “altares patrios” para inspirar a las nuevas generaciones y soldar místicamente los lazos de un México recobrado e independiente con aquel otro eterno, auténtico, que había sucumbido a las tropas españolas, al extremeño Hernán Cortés. Pero su culto había llegado tan lejos que no era suficiente con tenerlo en bronce; había que encontrar sus auténticas “reliquias”, búsqueda patética en la que también participaron otros cazacadáveres que airearon su mediocridad gracias a las tibias y peronés de Cristóbal Colón.

La aureola del emblemático Cuauhtémoc también llegó a España, siendo adoptado por una minoría de escritores que empezaron a cuestionar el discurso americanista elaborado por los numerosos participantes en las conmemoraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América (1890-1893).<sup>7</sup> La principal figura de este pequeño grupo fue el político y escritor catalán Francisco Pi y Margall, quien, en un antecedente literario de la león-portillana “visión de los vencidos”, imaginó a Cuauhtémoc y a Hernán Cortés dialogando acerca de los sucesos militares y políticos que llevaron a la conquista de México y a la muerte del caudillo azteca. La elección de los protagonistas del diálogo no podía ser más afortunada, como demuestra el posterior éxito literario de la pareja, pues Cortés se había convertido al finalizar el siglo —en gran parte como consecuencia de la campaña en su contra orquestada desde diversos sectores de México y América— en el símbolo por excelencia de la conquista y de las cualidades del conquistador.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Sobre este acontecimiento político y cultural, véase mi libro *1892: el IV Centenario del Descubrimiento de América en España. Coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987.

<sup>8</sup> Véase al respecto el capítulo “Dos mitos” de Octavio Paz, en *El peregrino en su patria. Historia y política de México. Pasados*, edición de Octavio Paz y Luis Mario Schneider, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 96-106.

Efectivamente, la elaboración de Cortés tenía hondas raíces. Había recorrido un largo camino desde el siglo XVI. Varios historiadores han recopilado y estudiado su presencia en la literatura en castellano, concluyendo que fue el personaje más popular en España de la conquista y la colonización de América hasta el siglo XX. No es extraño, por tanto, que Francisco Pi y Margall, escritor, jurisconsulto, político federalista español y uno de los grandes historiadores de América de la centuria decimonónica, contraponga a Cortés y a Cuauhtémoc, conocido como Guatimozín por los españoles, en un curioso diálogo que se publicó en Madrid hace ahora exactamente cien años, en plena resaca de la pérdida de las últimas colonias ultramarinas (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) en 1898. Los dos personajes, amén de gozar de gran popularidad, representaban a amplios sectores de las dos naciones en una batalla “verbal” por justificar y enjuiciar el pasado común, heredera de dos posturas historiográficas seculares que hundían sus raíces en las antagónicas visiones del indio que se elaboraron y se enfrentaron en la España del siglo XVI.

#### *Don Francisco hace las Américas*

Don Francisco Pi y Margall (Barcelona, 1824-Madrid, 1901) fue uno de los escritores más fecundos del siglo XIX. Hijo de una familia modesta, logró alcanzar una gran cultura, siendo autor de numerosas obras y artículos que publicó en distintos periódicos de la época, alguno de los cuales dirigió y fundó. Admirador de Rousseau, Hegel y Proudhom, varias de cuyas obras tradujo al castellano, se le considera el fundador del federalismo español.<sup>9</sup> Protagonizó grandes debates en el Congreso español, del que formó parte en diferentes épocas como diputado por varias circunscripciones, y fue nombrado ministro de gobernación y posteriormente presidente de la primera república española durante un breve periodo. El 22 de junio de 1894 redactó el programa del partido federal. Para defender sus ideas, fundó en 1890 el semanario político *El Nuevo Régimen*, desde el que defendió la autonomía de Cuba y se opuso a la guerra de España con los Estados Unidos, lo que le valió la acusación del mal patriota. Prolífico escritor, en el verano de 1897 visitó el monasterio de Piedra, cerca de Zaragoza, célebre por sus aguas termales. Allí volvió a encontrarse con el pintor Luis de Madrazo y Kuntz —hijo del también pintor José de Madrazo—, famoso entre la

<sup>9</sup> Véase al respecto, Antoni Jutglar, *Pi y Margall y el federalismo español*, 2 v., Madrid, Taurus, 1975.

alta burguesía decimonónica por sus retratos y sus composiciones de temas históricos y religiosos, quien murió ese mismo año en Madrid, donde había nacido. A este último dedicó don Francisco Pi su diálogo *Guatimozín y Hernán Cortés*, que vería la luz dos años después, en 1899.<sup>10</sup>

La elección de Pi y Margall del diálogo, forma de discurso consistente en el intercambio de mensajes, alternando los papeles de emisor y receptor, no es casual. Su estilo “directo” sirve para dar verosimilitud a la escena y a los mensajes, obviándose el papel del presentador y desapareciendo otros elementos secundarios. Utiliza la dinámica de preguntas y respuestas, las reflexiones sobre un mismo tema y el entrecruzamiento de distintos puntos de vista para unir posturas antagónicas sin que, en un principio, se pueda acusar de parcialidad al autor. No es casual que el *diálogo* fuese utilizado por los autores peninsulares del Siglo de Oro para librarse de los censores y detractores.<sup>11</sup> El diálogo, además, tenía una arraigada tradición didáctica desde la época clásica, lo que se aviene con la función pedagógica y moralizante que Pi y Margall quiere imprimirle al texto. Autor de una profusa *Historia de la América antecolombiana* (Barcelona, 1892),<sup>12</sup> editada en dos lujosos e ilustrados volúmenes, las metas del político son ahora llegar a un mayor público, obviando la pesantez del aparato erudito, si bien al comienzo de la obra señala: “Los hechos en este diálogo consignados es bueno que sepa usted que son rigurosamente históricos.”

Dos palabras sobre el Pi y Margall historiador. El interés del barcelonés por la historia es muy temprano; participa en varios proyectos de historia del arte y de la cultura peninsulares, que le producirán tempranos enfrentamientos con la Iglesia y los políticos, pues mantuvo un escepticismo radical a lo largo de su vida, debatiéndose entre el ateísmo y el panteísmo. Historiográficamente, fue seguidor de los principios positivistas, preocupándose por la documentación histórica y el destierro de las leyendas. Frente a la comodidad de otros americanistas, eligió la época histórica más oscura: la prehispánica. Según Antoni Jutglar, dos años invirtió en documentarse y diez en escribir su historia “antecolombiana”, la que, al parecer, quiso continuar con otros volúmenes sobre la historia virreinal y contemporánea. Dentro de la misma dedicó varios capítulos a estudiar los pueblos del Anáhuac (concre-

<sup>10</sup> Durante su estancia en el placentero monasterio de Piedra, nuestro prolífico político también escribió un ensayo dramático que tituló *Rebelión*, que quedó inédito a su muerte.

<sup>11</sup> J. Gómez, *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988. También es editor de *Ensayo español. Los orígenes: siglos XV al XVI*, Barcelona, Crítica, 1996.

<sup>12</sup> En realidad, se trataba de una segunda edición corregida de una obra anterior: *Historia general de América*, Madrid, Astort Hermanos, 1878, en dos volúmenes, también lujosamente publicados.

tamente doce, del tercero al decimocuarto),<sup>13</sup> utilizando para su redacción a los más conocidos cronistas de Indias y escritores contemporáneos (Sahagún, Díaz del Castillo, Herrera, Castañeda, Cabeza de Vaca, Gómara, Landa, Torquemada, Veitia, Ixtlilxóchitl, Lorenzana, Font, Clavijero, Dávila Padilla, Zurita, Popol-Vuh, Humboldt, Dupaix, Hardy, Aubin, Brasseur de Bourbourg, Prescott, Kinsborough y Gailhabaud). Es un hombre apasionado por la historia, que quiere revitalizar el pasado indígena de América, algo frecuente en México, pero raro en la España de la Restauración, empeñada antes y después del cuarto centenario (1892) en exaltar y defender a los descubridores y conquistadores españoles de los ataques que sufren por parte de los escritores hispanoamericanos y los seguidores en general de la *leyenda negra*. La empresa es ardua, pues como señala Pi y Margall: “La oscuridad que reina sobre aquellos tiempos es todavía grande, y poco menos que invencible; la tarea de disiparla, tan espinosa como ingrata.”<sup>14</sup> Pi y Margall desecha las conjeturas y las falsas historias adornadas con leyendas y suposiciones. Como seguidor de la escuela positivista, corriente que conoció durante sus años de exilio en París, busca los conocimientos más exactos en los cronistas coloniales, si bien esta búsqueda le lleva a un callejón sin salida en numerosas ocasiones. Por ejemplo, al tratar el tema del origen de los nahoas, escribe: “Explican los hechos de muy diversos modos los historiadores del tiempo de la conquista, así los que aseguran haberlos recogido de labios de los indígenas, como los que pretenden haberlos descifrado en las páginas de las escrituras jeroglíficas; pero ¿acaso no se está rehaciendo los anales de nuestra misma Europa?”<sup>15</sup> En cuanto a su valoración general de las culturas americanas, señala que hasta los pueblos más cultos, como los nahoas, estaban sólo a “medio civilizar”. “Distaban, por ejemplo, de haber llegado a la altura en que estábamos los españoles hace veinte siglos, cuando vinieron sobre nosotros los ejércitos de Cartago y Roma”,<sup>16</sup> escribe Pi y Margall, lo que lo sitúa cercano a las posturas de Darwin y Spengler.

<sup>13</sup> Dichos capítulos ocupan de la página 21 a la 224. Además dedica otros tres capítulos a estudiar varios pueblos y civilizaciones de Mesoamérica (p. 225-291).

<sup>14</sup> Francisco Pi y Margall, *Historia de la América antecolombiana*, 2 t., Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1892, t. I, p. 22. Los dos tomos de la obra van precedidos de la leyenda “Primera parte”, lo que hace suponer que el autor proyectó continuar la empresa.

<sup>15</sup> Pi y Margall, *op. cit.*, t. II, p. 1165.

<sup>16</sup> Pi y Margall, *op. cit.*, t. I, p. 3.

*Esplendor y decadencia de Cortés en la España del siglo XIX*

Para evaluar mejor la obra del político catalán y destacar su novedad en el discurso americanista español del siglo XIX, es preciso analizar la figura del conquistador extremeño en los escritores de la centuria, un siglo contradictorio y conflictivo, creador de identidades colectivas a costa de ensalzar a héroes y satanizar a antihéroes, una pesada carga que el siglo siguiente no ha podido —a pesar de los grandes esfuerzos— superar del todo.<sup>17</sup>

Del poema histórico de Juan de Escoiquiz “Méjico conquistado”, aparecido en 1798, al diálogo “Guatimozín y Hernán Cortés” (1899) de Francisco Pi y Margall, ha transcurrido poco más de un siglo. Entre una y otra obra se sucede el interés de los escritores españoles por un personaje, el conquistador Hernán Cortés, cuyas raíces en la literatura y la historiografía españolas se remontan al siglo XVI.<sup>18</sup> En ambas obras, el tratamiento del protagonista es diferente, y hasta opuesto: del héroe comparable con Aquiles y Rómulo, que se enfrenta a una nueva Troya, cerrando la producción mitológica cortesiana del neoclasicismo, al Cortés antihéroe contemporáneo del 98.

La literatura romántica perpetuó al Hernán Cortés neoclásico, galán y aventurero, amante de la audacia, enérgico y guerrero. El extremeño inspiró sendos romances al Duque de Rivas y a Alfonso García Tejero en sus obras *Romances históricos* (1841) y *El Romancero histórico* (1859), idílicos cuadros tradicionales del pasado que comunicaron al romanticismo liberal y conservador, según el profesor Vicens Vives, “Un tinte de extremado y fatal nacionalismo.”<sup>19</sup> El panorama literario se encuentra dominado por un pujante neomedievalismo; Cortés será un

<sup>17</sup> En este apartado he utilizado y completado un trabajo anterior que, desgraciadamente, no ha sido muy leído por la escasa difusión del libro en que se publicó: “Hernán Cortés en el siglo XIX. Proceso al conquistador”, *Hernán Cortés y su tiempo*, 2 v., Cáceres, Junta de Extremadura-Editorial Regional Extremeña, 1987, v. 1, p. 421-425. Otros trabajos que complementan éste son “El Descubrimiento de América en el pensamiento español decimonónico”, Manuel Criado del Val (director), *Literatura hispánica. Reyes Católicos y Descubrimiento*, Madrid, PPU, 1986, p. 551-558; y el más reciente “Del pasado a la creación histórica: los discursos de la Nueva España”, Salvador Bernabéu (coordinador), *El Paraíso Occidental. Norma y diversidad en el México virreinal*, Madrid, Instituto de México en España, 1998, p. 9-25.

<sup>18</sup> Winston A. Reynolds, “Cinco siglos en torno a la figura de Hernán Cortés (historia, ensayo, literatura)”, *Estudios Americanos*, v. XVIII, julio-agosto 1959, p. 25-42. Véase también José Toribio Medina, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*, Santiago de Chile, 1952.

<sup>19</sup> Jaime Vicens Vives, “El romanticismo en la historia”, *Hispania*, v. X, 1950, p. 745-765. Las obras citadas son “La buenaventura”, de Ángel Saavedra (Duque de Rivas), publicada en *Romances históricos*, Madrid, 1841, y “Hernán Cortés”, de Alfonso García Tejero, editado en *El romancero histórico*, Madrid, Tip. de Francisco Abienzo, 1859.

héroe medieval, caballero epigonal, nuevo Cid, que encuentra en México, cual si de una nueva Valencia se tratase, el escenario donde levantar su gloria: “Vence y arrolla lo que al paso encuentra / y de la rica México las cúpulas / ostentan los pendones castellanos / y gime cual un siervo Moctezuma. / Su imperio quebrantó, que a tal pujanza / no hay quien resista en la terrible lucha / y el Indio cede en la infernal pelea / sus tesoros, sus joyas y venturas.”

Estos versos de Antonio García Tejero van acompañados de unas “notas” donde el autor confiesa su decisión de restaurar la figura de Cortés, pues “los extranjeros lo retrataron de un modo indigno (como lo hicieron con el famoso Pizarro, conquistador del Perú), atribuyéndole cualidades que no tenía, rasgos que estuvo lejos de cometer, si bien es fuerza confesar que las conquistas siempre ocasionaron sangre y horribles desventuras”.<sup>20</sup> Este afán “terapéutico” lo encontraremos frecuentemente hasta finales del siglo: se discuten los medios de la conquista, nunca el porqué.

Frente al neoclasicismo, el Cortés romántico se muestra más decidido en amores: los celos, engaños, lances, duelos y pasiones amorosas componen la trama de la obra, y para contribuir a estos fines no hay reparos en desprenderse de la veracidad histórica. Antonio Hurtado hace combatir a Cortés y a Guatimozín por los amores de doña Marina; eso sí, al vencer el extremeño y levantar al cielo los ojos turbios: “vio un letrado que decía / ¡Honor al héroe que supo / con sólo seiscientas lanzas / dar a su patria otro mundo!”<sup>21</sup>

Cualquier parecido con la realidad histórica fue un descuido en la ópera de Ignacio Ovejero *Hernán Cortés o la conquista de México*, estrenada en el Teatro Circo de Madrid, en 1848, o *La heroína de México*, que se representó el 14 de julio de 1832 en el Teatro Príncipe, también de la capital de España. Lo interesante de estas obras es que nos permiten constatar la popularidad del conquistador. Además, su elección en la ópera de Ovejero muestra la importancia del personaje a la hora de crear una ópera nacional, pues, como ha escrito José Subirá, Cortés es el más representado después del Quijote y el Cid. Los escenarios acogieron también diversas piezas dramáticas, entre las que destacaremos: *Las mocedades de Hernán Cortés* (1850) de Patricio de la Escosura, *Hernán Cortés* (1867) de Carlos Jiménez-Placer y *Un amor de Hernán Cortés* (estrenada en México el año 1883) de José Peón y Contreras.

<sup>20</sup> García Tejero, *op. cit.*, p. 344.

<sup>21</sup> Antonio Hurtado, *Romancero de Hernán Cortés*, Barcelona, J. Espasa, 1847, p. 207. Sobre la poesía cortesiana, véase Jaime Delgado, “Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX”, *Revista de Indias*, núm. 31-32, 1948, p. 393-469.



Si Hernán Cortés en la poesía y en el teatro tenía antecedentes en el Siglo de las Luces, no ocurre lo mismo con la novela; de ahí su interés. “Surge en esa época —afirma Ignacio Ferreras— una visión histórica, o un historicismo a todos los niveles, surge la idea de nación moderna, se exalta la memoria histórica, se buscan las bases y las raíces de un presente que se quería nuevo, y se crea la novela histórica.”<sup>22</sup> Sin embargo, el tema americano, a pesar de ser cultivado pronto, no alcanzó la popularidad de las aventuras medievales u orientales, y, concretamente, Hernán Cortés sólo aparece en siete obras. Las cuatro primeras hay que diferenciarlas por sus características de las tres restantes, que forman parte de la literatura de folletín (novela por entregas). En estas cuatro novelas primeras el héroe es pasivo, se toma de la historia los universos novelescos, los escenarios y los personajes secundarios. Hernán Cortés nunca aparece como protagonista principal.

En 1831 se edita en Valencia *Xicoténcal, príncipe americano. Novela histórica del siglo XVI*, de Salvador García Baamonde, que responde a la aparecida en Filadelfia en 1826 con el título de *Jicoténcatl*, obra del cubano José María Heredia.<sup>23</sup> La obra de García Baamonde inaugura el tema americano, narrándonos los amores de Xicoténcatl con Tehuila, de la cual se enamora Diego de Ordaz, quien a su vez es amado por la famosa doña Marina. Tehuila, que lucha por su patria, intenta asesinar a Cortés y, a punto de conseguirlo, se envenena en su presencia. Varios años más tarde, Ignacio Pusalgas y Guerris (1790-1874) publica *El nigromántico mejicano. Novela histórica de aquel imperio en el siglo XVI*, concretamente en 1838, retablo de historias amorosas durante la conquista de México, donde no faltan los duelos, los celos y las conjuraciones. Más conocida es *Guatimozín, el último emperador de Méjico*, novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), poetisa, novelista y autora dramática nacida en Puerto Príncipe (Cuba), donde los amores de Tecuixpa y Cacama, y de la primera por Velázquez de León, nos recuerda la trama de las anteriores obras. También muy popular llegó a ser *La conjuración de Méjico o los hijos de Hernán Cortés. Novela histórica*, de Patricio de la Escosura (1807-1878), editada en Madrid (1850) y México (1850).<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Ignacio Ferreras, *Estudios sobre la novela española del siglo XIX. El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*, Madrid, Taurus, 1976, p. 29.

<sup>23</sup> Ésta es la conclusión a la que ha llegado, tras una prolija investigación, Alejandro González Acosta en *El enigma de Jicotencal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, México, UNAM, 1997.

<sup>24</sup> Patricio de la Escosura, liberal y amigo del gran Espronceda, inicia su obra con una “Introducción histórica” donde destaca el apoyo del conquistador al pueblo y el paso de numerosos comuneros a Nueva España durante su mandato. Un interesante párrafo nos indica la popularidad que gozaba Cortés a mediados del siglo XIX: “¿Quién no ha leído

Ni Escosura, ni el resto de autores de novelas históricas omiten las crueldades de la conquista, pero las consideran como un mal inherente a toda guerra, y no aparece con claridad un ataque a los conquistadores. Esta misma apreciación la encontramos en las novelas por entregas: *Conquista de México por Hernán Cortés*, de Ramón Ortega y Frías (1874), *Hernán Cortés*, de Julio Nombela y Tabares (1868), y *Hernán Cortés y Marina*, de Rafael del Castillo (1898). En su mayor parte, estas obras, dirigidas a un público generalmente femenino, multiplican y alargan las historias, apareciendo nuevos personajes, aunque sin olvidar ciertos sucesos históricos para dotar a la narración de cierta verosimilitud. Con estas obras, Cortés logra su mayor popularidad en el siglo XIX.

La fuente principal a lo largo de todo el siglo es la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís, con numerosas reimpresiones (más de veinte). El historiador Antonio Sánchez Moguel señaló su gran popularidad en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1892: "Traducido al francés, inglés y alemán; texto para el aprendizaje de la lengua española en Francia, las prensas de Madrid y Barcelona, de Amberes, París y Londres no han cesado de difundir la lectura del único libro español de historia americana que no ha tenido rival hasta el presente ni en el primor de entretener los sucesos ni en la magia del estilo."<sup>25</sup> No obstante, el profesor Sánchez Moguel reconoce que Solís no fue un erudito ni un crítico de primer orden. Si lo fueron, según su criterio, Bernal Díaz del Castillo, cuya *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* se reimprimió en 1853 (tomo XXVI de la *Biblioteca de Autores Españoles*) y 1862-1863, y Francisco López de Gómara, cuya *Historia de las Indias y conquista de México* (Zaragoza, 1552) hubo de esperar hasta 1887 para reimprimirse de nuevo completa.

La utilización de estas fuentes, así como de *Las cartas* del Conquistador, no fue destacable. La biografía o narración histórica apenas aparece en el siglo XIX; tan sólo he encontrado un *Opúsculo sobre la vida militar y política del conquistador de Nueva España, Hernán Cortés*, obra de

siquiera a Solís? ¿Quién no sabe de memoria la quema de las naves, los grillos de Moctezuma, la batalla de Otumba, la conquista, en fin, de Nueva España, magnífica epopeya que ni la poesía misma acierta a engrandecer? Lo que se sabe menos, es la negra ingratitud con que fueron pagados tan altos merecimientos; lo que se ignora por muchos es que aquel Hércules de nuestra historia, fue acaso tan desdichado como el de la fábula; y algo es preciso que yo les diga del asunto a mis lectores, si han de comprender la narración que después me propongo narrarles." Escosura justificaba su exordio porque "hay libros, que se llaman de *historia*, en los cuales se trata a Hernán Cortés, uno de nuestros más esclarecidos varones, poco menos que mal o mucho peor que si fuera un Atila...", Patricio de la Escosura, *La conjuración de Méjico o los hijos de Hernán Cortés. Novela histórica*, Madrid, 1850, p. VII y XLVIII.

<sup>25</sup> Antonio Sánchez Moguel, "La *Historia de la conquista de Méjico* de D. Antonio de Solís", *La Ilustración Española y Americana*, v. XLIII, 22 de noviembre de 1892, p. 356.

M.M.B., publicada en Sevilla en 1855. Por el contrario, gozaron de gran popularidad las narraciones extranjeras: Alrich y Ellas traduce del francés *Aventuras y conquistas de Hernán Cortés en Méjico por una Sociedad de Literatos* (Barcelona, 1846) y en 1868 y 1878 se publica *Hernán Cortés. Descubrimiento y conquista de Méjico*, narración dramática en presencia de las obras de Lamartine, Chateaubriand, Solís y Prescott. Este último escritor norteamericano fue el más prestigioso historiador del siglo XVI hispánico.<sup>26</sup> Su *Historia de la conquista de México* fue traducida por Juan Bautista de Berarrechea y publicada en Madrid por la Imprenta de la Publicidad en cuatro lujosos volúmenes entre 1847 y 1850. Tomás de la Reyna y Reyna indicó el 22 de febrero de 1892 en el Ateneo de Madrid que: “Su obra sobre la Conquista del Perú, así como las que también escribió sobre la Conquista de Méjico y el reinado de los Reyes Católicos, son trabajos magistrales, modelos de erudición, imparcialidad y sensatez. Su lectura cautiva y hace sentir por el historiador admiración y cariño.”<sup>27</sup>

La inquietud americanista que provocó el IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, se tradujo en numerosas publicaciones, conferencias y otras lúdicas celebraciones que nos servirán, a modo de cala, para analizar la Conquista y los conquistadores en el pensamiento finisecular. La figura de Hernán Cortés arrancó admirativas frases, sobre todo de los representantes del ejército. El general José Gómez de Arteche destacó su arrojo y audacia, dotes de mando y pericia táctica. El general convirtió a doña Marina en una “razón de Estado” y frente a Hernán Cortés: “La fama hacia Moctezuma, si valiente y hábil en la guerra, cruel para los vencidos, avaro de poder y de riqueza, déspota para con sus vasallos, según ya he dicho, e inexorable con los que, por su nacimiento o por su posición en el gobierno y en la corte, pudieron pretender sobreponérsele ni aun emularle. Se había mostrado falso, hasta traidor, en sus relaciones con los españoles desde que aparecieron en las costas de su imperio.”<sup>28</sup>

Su prisión fue también una “razón de Estado”. Esta posición maniquea, que igual encontramos en Tomás de la Reyna al disertar sobre “la conquista del Perú”, tiene su origen en la teoría del derecho y deber de conquistar “cuando se trata y se logra arrancar a un pueblo de la barbarie y se lucha por la humanidad en contra del salvajismo”,

<sup>26</sup> Sobre Prescott, véase el trabajo de Richard L. Kagan, “Prescott’s Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain”, en *Imagined Histories. American Historians Interpret the Past*, Princeton, Princeton University Press, 1998, p. 324-348.

<sup>27</sup> Tomás de la Reyna y Reyna, *Descubrimiento y conquista del Perú*, Madrid, Rivadeneyra, 1892, p. 8.

<sup>28</sup> José Gómez de Arteche, *La conquista de Méjico*, Madrid, Rivadeneyra, 1892, p. 24.

según indicó Enrique de Aguilera y Gamboa.<sup>29</sup> Arteche publicó en la revista *El Centenario* una comparación entre Cortés y Pizarro, saliendo vencedor el primero, pues, partiendo de origen, educación, inteligencia y carácter distintos, ambos rivalizaron en valor, en desarrollo de sus empresas, análogas en objeto, procedimientos y éxito, pero Pizarro tuvo el asesoramiento de Cortés cuando llegó a España en demanda de los títulos de capitán general y justicia mayor.<sup>30</sup>

Emilio Castelar defendió la Conquista en “La Noche Triste”, pues “por conquista se apoderaron de México los por nosotros conquistados”. A pesar de cierta codicia y crueldad indispensable a todas las empresas temerarias, Hernán Cortés no tiene rival en el acometer, calcular, prevenir y proveer. Las consecuencias de sus conquistas fueron miríficas: “No puede, no, juzgarse un hecho, como el arribo al Nuevo Mundo del Antiguo, cual se juzga la irrupción de un pueblo en otro pueblo y la conquista de un Estado por otro Estado: la batalla suprema entre Moctezuma y Hernán Cortés, no entre dos Estados, no entre dos razas, una batalla entre dos cielos y dos espíritus, como aquellas trazadas por Daniel en Babilonia, por San Juan en Patmo...”<sup>31</sup>

Resalta Castelar el arte sumo de Cortés para dejar sin conocimiento del peligro a los que le seguían, sus estrategias y audacia. Por su parte, Juan Valera detiene su atención en el apoyo que el extremeño recibió de numerosos indios auxiliares: “Esto disminuye lo maravilloso de la conquista en cuanto al sobrehumano valor de los españoles y de su capitán, pero aumenta el crédito de Cortés como político hábil al pensar en la buena maña con que se ganó las voluntades y el apoyo de los indios contra los indios, y prueba evidentemente que los aztecas eran aborrecidos...”<sup>32</sup>

### *La interior “leyenda negra”*

La visión negativa de la Conquista, una especie de “leyenda negra” a la española, también tuvo partidarios en España, y en esta tendencia encuadraremos la última obra decimonónica que trata del conquistador de Medellín: *Hernán Cortés y Guatimozín. Diálogo*, de Pi y Margall, que ahora introducimos. Esta corriente habría que entroncarla, entre otras, con la interpretación liberal del descubrimiento de América (tomado

<sup>29</sup> Enrique Aguilera y Gamboa, *El virreinato de México*, Madrid, Rivadeneyra, 1892, p. 8.

<sup>30</sup> José Gómez de Arteche, “Cortés y Pizarro”, *El Centenario*, I, 1892, p. 97-100.

<sup>31</sup> Emilio Castelar, “La Noche Triste”, *El Centenario*, I, 1892, p. 399.

<sup>32</sup> Juan Valera, “La Atlántida: II”, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1958, t. III, p. 972.

este concepto en sentido amplio), con las críticas hispanoamericanas a la conquista, con la defensa del indio en la España moderna y con el regeneracionismo, uno de cuyos integrantes, Pompeyo Gener, señaló que: “España vivió durante dos siglos del robo y del exterminio ejercido en ambos continentes por sus virreyes, único medio con el que podían subvenir sus inmensas necesidades el altar y el trono.”<sup>33</sup>

Otro autor, Cándido Ruiz Martínez, ciñéndose al gobierno de fray Nicolás de Ovando en La Española, lamentaba la muerte de la reina Anacaona y exclamaba ante las represiones de Juan de Esquivel: “¡Ojalá pudiésemos arrancar esas negras páginas de la historia de nuestra patria, que siempre han de leer con horror los corazones honrados y que son una implacable acusación y una eterna mancilla para aquellos de sus hijos que tamañas crueldades cometieron!”<sup>34</sup>

La obra más importante de esta tendencia “heterodoxa” es, sin duda, la titulada *Puntos negros del Descubrimiento de América* (1898), resumen de todo lo negativo que la presencia española provocó en el Nuevo Mundo, pues “surgió en el espacio de menos de treinta años una serie no interrumpida de atropellos, desmanes, arbitrariedades, despojos, ruinas, crímenes”.<sup>35</sup> Este libro de Luis Vega-Rey tuvo un prólogo, acorde con el resto de la obra, de Pi y Margall, quien reprodujo unos párrafos de un artículo suyo ya publicado en “El Nuevo Régimen”, donde afirmaba que “Las atrocidades que allí hicimos fueron tantas, que un siglo después un inspector que allí envió una de nuestras órdenes religiosas, afirmaba que no había habido en el mundo pueblo tan maltratado por sus conquistadores como el de México, y no podía explicarse tanta crueldad, sino suponiendo que Dios nos había elegido por instrumento de sus venganzas. Aludía a los sacrificios humanos de los aztecas. ¿Quién creéis que fue el más culto de los conquistadores? Hernán Cortés sin duda. Hernán Cortés enfrente de Tlaxcala hizo cortar las manos a 50 mensajeros por *sospechas* de que habían ido a inspeccionar su campo, y en Cholula pasó a cuchillo a 3 000 hombres indefensos por sospechas.”<sup>36</sup>

Con estos antecedentes, no es de extrañar que Pi y Margall, al escribir su diálogo entre Guatimozín y el conquistador, movido por la estatua levantada en México al último rey azteca, desarrolle toda una imagen negativa de Cortés, totalmente opuesta al Cortés popular o al

<sup>33</sup> Pompeyo Gener, *Herejías*, Barcelona, Fernando Fe, 1898, p. 202.

<sup>34</sup> Cándido Ruiz Martínez, *Gobierno de fray Nicolás de Ovando en La Española*, Madrid, Rivadeneira, 1892, p. 13.

<sup>35</sup> Luis Vega-Rey, *Puntos negros del Descubrimiento de América*, Madrid, Imprenta Rojas, 1898.

<sup>36</sup> Vega-Rey, *op. cit.*, p. 8.

Cortés de historiadores y militares. Por el contrario, la civilización azteca y Cuauhtémoc son alabados e idealizados, sirviendo este último como portavoz de sus ideas sociopolíticas. El viejo don Francisco, político curtido e investigador incansable de la América precolombina, defiende la existencia de un pueblo mexicano, dotado de un “genio nacional”, que quedó cautivo por la conquista española. Esa nación, sin embargo, ocupaba sólo un sitio menor en una “escala” ideal de las civilizaciones, presidida por las europeas, por lo que piensa que la conquista fue inevitable. Positivismo y determinismo se unen en su discurso a una sincera admiración por los pueblos americanos.

Creo, sin embargo, que el principal objetivo del viejo político catalán no era enumerar los reproches y subrayar las diferencias, ahondar en las heridas en una nueva recreación literaria de los seculares argumentos a favor y en contra de la Conquista. Pi y Margall pretendía crear las bases de un consenso mínimo que en el futuro pudiera dar paso a una interpretación conjunta —hispano-mexicana, pero también iberoamericana— del pasado común. Y es que, aunque mucho se había hablado y escrito en la década de los noventa del siglo XIX sobre la comunidad iberoamericana y, ya sin ninguna colonia, España podía “moralmente” encabezar esa fraternidad, faltaba la elaboración de una historiografía compartida, que las mentes más preclaras juzgaban bastante difícil. Esa historia sería la base de una memoria común entre los pueblos hispánicos, en la que, además de introducir la historia prehispánica, se resaltase los hechos históricos que contribuyesen a la creación de la conciencia de una unidad cultural.<sup>37</sup>

Con el diálogo entre el azteca y el extremeño, don Francisco se desmarca de las manifestaciones retóricas del IV Centenario, acusadas de añoranza imperial, y busca simpatías en los lectores y pensadores hispanoamericanos, algunos de los cuales impulsarán un movimiento de fraternidad hispana en contra del imperialismo anglosajón. La “intimidad hispanoamericana”, en palabras de Rafael María de Labra, o “el sentimiento de la raza”, como lo definiría Rodó, son muestras del espíritu de unidad que se impulsa desde ambos lados del Atlántico.

<sup>37</sup> Las relaciones impulsadas durante el IV Centenario entre España y las repúblicas hispanoamericanas mostraron las diferencias que existían entre la memoria histórica de un lado y otro del Atlántico. Los informes consulares también insisten en ese hecho, resaltando el culto a los héroes independentistas y a los líderes indígenas como elementos permanentes del antihispanismo. Así, el estudio y el reconocimiento de la grandeza de estos personajes se contempla como un obstáculo para el hermanamiento y la elaboración de una memoria común, que sólo será abordada tímidamente años más tarde cuando se inician los artículos y monumentos a Bolívar, San Martín, etcétera. Este interesante, pero a la vez espinoso tema, lo abordaré en un próximo trabajo.

Lengua y religión son, para muchos, la base de esa confraternidad, pero otros, como Pi y Margall y Altamira, y posteriormente Menéndez Pidal y Américo Castro, son partidarios de potenciar, asimismo, el conocimiento histórico de los diversos pueblos y la elaboración de libros conjuntos, proyecto idealista que sería heredado más tarde por los responsables culturales de la Segunda República Española.<sup>38</sup>

Sin embargo, a pesar de lo novedoso de estas propuestas, que habría que enmarcar dentro del denominado “regeneracionismo hispanoamericano”,<sup>39</sup> hay que insistir en que la mayoría de los escritores son partidarios de restaurar “el crédito de nuestra historia” (según Rafael Altamira, padre del hispanoamericanismo, defiende en 1898), especialmente en la época de la Conquista y la Colonia, y son pocos los que se atreven a criticar a los conquistadores. Como ha señalado Antonio Niño: “La rehabilitación histórica del periodo de la Colonia era una reivindicación que compartía este hispanoamericanismo regeneracionista con las corrientes del hispanoamericanismo más conservador, aunque los valores y los principios utilizados para defender esa rehabilitación discreparan radicalmente. Para el regeneracionismo institucionista eran nuestra ciencia, nuestro arte, nuestro derecho, nuestra cultura general las que debían conformar esa herencia; al mismo tiempo, había que depurarla de los aspectos más negativos: el cesarismo, la dominación militar, la defensa de la ortodoxia, etcétera”.<sup>40</sup>

Enmarcado en este panorama, el diálogo *Guatimozín y Hernán Cortés* cobra toda su importancia, pues es uno de los escasos ejemplos de crítica a la Conquista, si bien Pi y Margall quiere resaltar lo que tiene, a pesar de todo, de positivo: *grosso modo*, España conquistó, no siempre empleando medios correctos, unas civilizaciones de grandes valores, pero inferiores a la postre a la que portaban los peninsulares. Hernán Cortés cometió cientos de atropellos, aunque sirvió para que la nación mexicana se incorporase al “progreso mundial” y conociese los beneficios del cristianismo.

<sup>38</sup> Antonio Niño Rodríguez, “La Segunda República y la expansión cultural en Hispanoamérica”, *Hispania*, v. LII, n. 181, 1992, p. 629-653.

<sup>39</sup> José Carlos Mainer, “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)”, *VII Coloquio de Pau. De la crisis del Antiguo Régimen al franquismo*, Madrid, Edicusa, 1977, p. 149-203. El regeneracionismo fue un movimiento de descontento de la burguesía media frente al sistema paralizante de la Restauración. Agudizada la crisis nacional por el desastre de 1898, buscó reformar la nación mediante un programa positivista y nacionalista, que lograra superar el pesimismo nacional. La orientación hispanoamericana pretendía, entre otras cosas, recuperar el prestigio internacional y salir del aislamiento.

<sup>40</sup> Antonio Niño Rodríguez, “Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)”, en Pedro Pérez Herrero y Nuria Tabanera (coordinadores), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI-OEI, 1992, p. 15-48.

GUATIMOZÍN Y HERNÁN CORTÉS. DIÁLOGO<sup>41</sup>

Sr. D. Luis de Madrazo.

Estimado amigo: Nos conocimos siendo jóvenes y simpatizamos. Nos separó después por muchos años la distinta dirección que emprendimos. Este verano nos volvimos a ver en el Monasterio de Piedra, en aquel delicioso retiro donde tan bien descansa mi fatigado espíritu. Viejos ya, usted no ha querido morir sin dejarme un recuerdo: un retrato, que, como obra de usted, es inapreciable joya. Tampoco he querido morir yo sin dejarle una memoria: un diálogo que tenía hace meses concebido, y acabo de escribir hurtando el tiempo a los negocios de la política y el foro. No vale ni con mucho el diálogo lo que el retrato; pero los iguala el común sentimiento que los produjo.

Me ha movido a escribir las cortas páginas que a usted envió la estatua erigida en México al último rey azteca, Quauhtemoc, conocido bajo el nombre de Guatimozín entre nuestros compatriotas. Murió Quauhtemoc injusta muerte cuando apenas contaba veinticinco años; y ya por mi natural propensión a ponerme de parte de los vencidos, ya por creer noble defender la patria y nada noble invadir la ajena, al ver dibujado su monumento, consideré oportuno ponerle de nuevo delante de Cortés, bien que no ya con otras armas que la idea y la palabra. Aferróme en mi pensamiento la ocasión que esto me ofrecía de dar a conocer en conjunto, así la civilización nahua como la índole y el carácter de la conquista, apreciada, a mi juicio, poco imparcialmente por muchos de nuestros escritores. Los hechos en este diálogo consignados es bueno que sepa usted que son rigurosamente históricos.

Tal como concebí el plan lo he ejecutado; y tal como lo he ejecutado se lo dedico a usted y se lo entrego en propiedad absoluta. Sirvase usted aceptarlo como lo que es, como un simple recuerdo de su siempre afectísimo

F. Pi y Margall

<sup>41</sup> El diálogo data de 1889 y se publicó en forma de folleto en Madrid, Imprenta de los hijos de J. A. García. Es una obra rarísima, de la que sólo se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. En la transcripción del texto he modernizado algunas grafías y la puntuación. Sin embargo, he respetado los nombres propios y los topónimos.



## GUATIMOZÍN Y HERNÁN CORTÉS

*Diálogo*

Lugar de la escena, el que cada lector escoja.-Fecha, año 1893.

GUATIMOZÍN

Maravillado estoy, Cortés, de veros aquí tan otro de lo que en la tierra fuisteis.

CORTÉS

¿Quién sois? ¿Sois, por ventura, aquel Guatemuz que fue el último rey de México?

GUATIMOZÍN

Sí, soy Quauhtemoc, el desventurado rey en cuyas manos pereció la patria.

CORTÉS

¿Os lo remuerde la conciencia?

GUATIMOZÍN

¡La conciencia! No mis actos, sino los traidores y las malas artes de que os valisteis arruinaron el imperio.

CORTÉS

¿No atribuíis vuestra derrota ni a mí ni a mis soldados?

GUATIMOZÍN

Sin la defección de los acolhuas no habríais vencido.

CORTÉS

¿No vencimos solos a los tlaxcaltecas?

GUATIMOZÍN

Con los tlaxcaltecas vinisteis después a Tenochtitlán y hubisteis de abandonarlo. Lo debisteis abandonar precisamente cuando, vencedor de Narváez, habíais vuelto a Zempoallan con 500 españoles de refuerzo. Ni antes habíais tenido ni después tuvisteis tantas fuerzas propias.

CORTÉS

Culpa fue de Alvarado. Ausente yo, hizo Alvarado la locura de pasar por simples sospechas a cuchillo en el patio del templo mayor a gentes sin armas, que, cubiertas de sus más ricas joyas, danzaban y cantaban en honor de sus dioses. Duramente se lo reprobé cuando lo supe.

GUATIMOZÍN

Hicisteis mal: había seguido fielmente vuestra conducta. En Zempoallan, por simples sospechas, habíais hecho cortar las manos a 50 mensajeros de las villas limítrofes; en Cholollan, por simples sospechas, habíais dado muerte a más de 3000 hombres indefensos que en nada os habían ofendido. En Acallan después por simples sospechas me ahorcasteis a mi y a Tettlepanquetzal, uno de los tres reyes de la Confederación Azteca.

CORTÉS

¡Por Dios, Guatemuz, por Dios! No enconéis mi herida.

GUATIMOZÍN

¿Os pesa de mi muerte?

CORTÉS

De la vuestra y de la del rey de Tacuba. Ni los míos las aprobaron. ¡Ay! no tardó en nacer el remordimiento. ¡Qué de insomnios pasé! La caída que no lejos de allí tuve fue debida a la turbación de mi ánimo. Fueron borrandoos de mi memoria primeramente la necesidad de vencer las continuas dificultades que la expedición al golfo de Hibueras ofrecía, luego las delicias y la embriaguez del triunfo; pero habéis reaparecido para mi mayor suplicio aquí donde no llegan ni el rumor de las armas ni el estruendo de los aplausos. No bastaba veros en mi fantasía; os veo ahora por mis ojos.

GUATIMOZÍN

¿Será cierto lo que habláis? ¿No serán engañosas vuestras palabras como las que me dijisteis desde la caída de Tenochtitlán hasta la víspera de mi muerte? Cuando caí prisionero, os rogué que me mataseis con la daga que llevabais al cinto; me confortasteis ponderando mi valor y prometiéndome que mandaría como antes en el Anáhuac y sus provincias. Fui rey de nombre: fui aún menos rey que mi tío Moctehuzoma, a quien tuvisteis siempre en vuestra casa. Vos fuisteis el señor, y yo el vasallo. Debí por vuestra orden rehacer los caños de Chapultepec, las

calzadas del lago, las calles de la ciudad, las viviendas de los barrios que os plugo concedernos. Acepté luego a vuestra instancia la fe de Cristo, en quien adoré y adoro, y remaché mi servidumbre. Debía yo preferir a los intereses de mi patria, no sólo los del emperador D. Carlos, sino también los del rey de cielo y tierra. Queriendo o no, hube de acompañaros con Tetelepanquetzatl a lo que llamasteis las Hibueras; ya que entonces nos ahorcasteis, ¿no os habríais propuesto acabar con nosotros lejos de nuestras gentes para mejor afianzar vuestra conquista? No procurasteis ni consentisteis que nadie nos sucediera.

#### CORTÉS

No os negaré, Guatemuz, que me aconsejara la política la extinción de vuestras casas reales. Desde que entré en vuestra nación concebí el firme propósito de unirla a la corona de España. No lo oculté en parte alguna: en todas hice requerir a los pueblos para que se reconociesen súbditos de D. Carlos. Por esto a los pocos días de haber llegado a Temixtitán puse a Mutezuma bajo mi guarda. Pero como jamás pensé en matar a Mutezuma, a quien tanto debía, jamás habría pensado en mataros a vos ni al rey de Tacuba, si no me hubiera dicho aquel infame delator de Mexicaltzinco que conspirabais contra mi vida. En empresas de tanto atrevimiento como la mía es a veces el terror arma indispensable: no lo emplean nunca hombres bien nacidos castigando personas con quienes los unan más o menos fuertes vínculos. Con vos me unían meses de incesante batallar, la promesa de conservaros en el trono, servicios mutuos, relaciones íntimas, los lazos del bautismo; no la necesidad del terror, sino un lamentable arrebató me llevó a firmar las dos sentencias de muerte.

#### GUATIMOZÍN

Pocos días antes, ya casi en las fronteras de Acallan, sobre un ancho estero de seis brazas de fondo —cuatro de agua y dos de cieno—, os habíamos construido un puente por donde a sus anchas y sin riesgo habían podido pasar infantes y caballos. De maravilloso lo habíais calificado: tal y tan bueno os había parecido. Sin él imposible el paso, difícilísima la vuelta, mortal el hambre según eran de escasos los bastimentos. Si hubiésemos querido atentar a vuestra vida y aun a la de vuestros españoles, ¿qué mejor coyuntura? ¿Es posible que lo olvidarais al oír la infame delación del de Mexicaltzinco?

#### CORTÉS

En la guerra, Guatemuz, la falta de hoy borra los servicios de ayer, porque así lo exigen la suerte de las armas y la salud del ejército. No

por los grandes servicios que de él y su padre había recibido, dejé de dar muerte al joven y bravo Xicotencatl, que, abierta ya mi segunda campaña contra los vuestros, se alzó con parte de los suyos y tomó la vuelta de Tlaxcala. A mi propio padre habría ahorcado en situación idéntica.

#### GUATIMOZÍN

Sienta bien el rigor en el que defiende su patria, no en el que invade la ajena. ¿Con qué derecho pudisteis pretender de nosotros que nos reconociéramos vasallos de vuestro monarca? ¿Con qué razón os enfurecisteis contra las gentes que encontrasteis indóciles? En hora buena que hubieseis ido al Anáhuac en busca de amistosas relaciones; no éramos salvajes para no comprender y estimar los beneficios de vuestra superior cultura, ni rechazar lo que hubiese sido racional y justo. Mas para esto habríais debido presentaros de paz y no con aparato de guerra; no con gentes de a caballo, no con arcabuceros, no con tiros de artillería. Como dueños del mundo parecisteis ante nosotros: habríamos dado muestras de no ser hombres, si no os hubiésemos rechazado por todos los medios que el legítimo amor a la independencia nos sugería.

#### CORTÉS

Pudisteis pelear por rechazarnos y pudimos nosotros pelear por reducirlos. ¿Me preguntáis con qué derecho? Con el de la fuerza, que regía en mi tiempo la tierra y es probable que la rija hasta la consumación de los siglos. Este derecho lo aplicabais también vosotros. Eráis un pueblo conquistador y estaba aún fresca la sangre en que habíais empapado el territorio de Tlaxcala cuando nosotros lo pisamos.

Vosotros eráis entonces los débiles; nosotros los fuertes. Era evidentemente vuestra raza inferior a la nuestra. Rayaba en la barbarie vuestra cultura. Disponíais de pobres medios. Carecíais de caballos, desconocíais las armas de fuego, llevabais por toda defensa cotas de cuero aforradas de algodón, grebas y brazales de madera, escudos de caña: los capacetes, los petos y las rodelas de oro y plata no se los veía sino en los reyes y los primeros capitanes. Para la protección de vuestros lagos no teníais más que la canoa.

Estabais divididos. Allá en un puñado de tierra había las capitales de tres reinos. Marchabais decididamente a la unidad política desde que subió al trono Muteczuma; pero distabais de haberla conseguido. Poco sólidas vuestras conquistas, abundaban las rebeliones e interrumpían a cada paso vuestro desarrollo.

Vosotros, los reyes, eráis verdaderos tiranos. Nadie osaba mirar de frente a Muteczuma; nadie entrar a verle sino con la cabeza baja y los pies descalzos. Por dondequiera que fuese se le había de barrer el ca-

mino y se le habían de humillar las gentes. No tenía poder que contrastase ni limitase el suyo.

Vivía la nación bajo otra tiranía peor, la de los dioses. Se les había de dar hombres en holocausto. Se les inmolaba, no sólo prisioneros de guerra, sino también mujeres y niños. Inmolados, se los devoraba en impíos y repugnantes banquetes. Sería inútil que me lo negaseis: erais caníbales. Databan de lejanos días esos bárbaros sacrificios. Lejos de haber pensado en abolirlos, los habíais hecho frecuentes.

No habíais llegado aún a la edad de hierro; estabais en la de cobre. De piedra solíais tener los instrumentos de trabajo y aun el filo y la punta de las armas. No conocíais el arado. Tampoco la carreta ni ningún otro vehículo. Tampoco la brújula, ni el astrolabio, ni las embarcaciones de alto bordo. Faltos de tan indispensables medios, debíais hacer todos vuestros transportes por tierra en hombros de vuestros macehuales; todos vuestros transportes por los ríos y el mar, en almadías y piraguas. Imposible de todo punto que os alejarais de las costas; poco menos que imposible, el comercio marítimo. Aun el terrestre se os hacía difícil por la falta de monedas de cuño.

No teníais tampoco escritura. Debíais suplirla por símbolos o por imágenes que nunca podían reproducir fielmente las ideas abstractas.

Vivíais, por fin, completamente aislados. Ni el mundo os conocía, ni vosotros conocíais el mundo.

Nuestra dominación se imponía. Era preciso ponerlos en contacto con el resto de la especie, hacerlos partícipes de los beneficios de una civilización debida a los perseverantes esfuerzos de la ciencia y la industria durante más de veinte siglos, abrir vuestra feracísima tierra al trabajo y al comercio de los demás hombres, arrancaros de las garras de vuestros falsos dioses, poner fin a vuestros sacrificios y llevaros a conocer al verdadero Dios, al Dios creador del cielo y de la tierra.

Nadie como los españoles para tan difícil empresa. La lucha con los árabes nos había hecho los soldados de Cristo. Fue desde entonces nuestro más acariciado ideal llevar a todas las gentes el Evangelio. Nos deparó el cielo la suerte de ser los primeros en cruzar el Océano y descubrir vuestro continente: en él vimos desde luego un campo en que explayar nuestro fervor religioso.

No nos importaba la resistencia que pudiésemos encontrar en los indígenas: habíamos vencido la de más cultos y poderosos pueblos. Cuando pusimos el pie en Tabasco, habíamos ya medido ventajosamente nuestras armas con los italianos y los franceses; nuestro rey acababa de coronarse emperador de Alemania; Turquía empezaba a desasosegarse al ver nuestro creciente poderío. ¿Quién allá en América había de poder vencernos?

Muteczuma vio clara la situación y tuvo el buen acuerdo de declararse incontinenti vasallo del rey de Castilla. Si vos, dejándoos llevar más de los ímpetus de vuestra mocedad que de los consejos de la razón, no hubieseis adoptado otra política, ¡qué de males no habríais ahorrado a vuestras gentes! Habríais evitado la ruina de Temixtitán, la muerte de millares de mexicanos y las duras consecuencias de toda conquista por la fuerza.

#### GUATIMOZÍN

Moctehuzoma, Cortés, no fue en lo que hizo después de vuestra llegada digno de aplauso. Al veros a vos y vuestros soldados por las pinturas que de la costa de Culhua le remitieron, entró en una preocupación que fue la causa de su ulterior conducta. Figuraba entre nuestros falsos dioses Quetzalcoatl, y de él se decía que al abandonar la tierra en Coatzaqualco había predicho a los jóvenes que de Cholollan habían bajado a despedirse que allá en los futuros tiempos arribarían a aquellas playas hombres venidos de Oriente, de blanco rostro y espesa barba como los que él tenía. Os creyó Moctehuzoma descendientes de Quetzalcoatl, y consideró inevitable vuestro predominio. Anduvo así vacilante y tímido precisamente cuando de más energía y resolución necesitaba.

Ni se decidió nuestro buen monarca a combatiros como debía viendo que os presentabais con el carácter de embajador y sin embargo ibais con gente armada; ni se atrevió a franquearos con las debidas precauciones las puertas del Imperio antes de que os pudierais aliar con sus enemigos. Quiso evitar que llegarais a su corte; pero sin recurrir a los medios oportunos. Se limitaba a rogaros una y otra vez que no fuerais, ya enviándoos ricos presentes, ya encareciéndoos las dificultades del camino, ya poniéndoos por delante los muchos pueblos del tránsito que no le obedecían, ya forjando cándidamente escollos en que tropezarais. Afirmáronle en su preocupación, por una parte lo inútil de estas medidas, por otra vuestra tenacidad en no retroceder, los combates que en Tlaxcallan habíais librado y los crímenes que en Cholollan habíais cometido; y perdió toda su antigua virilidad, todo su antiguo aliento.

Supongo que no habréis olvidado cómo os recibió en Tenochtitlán. Nunca había desplegado mayor pompa ni mayor fausto. Jamás había dispensado a huésped alguno tan señaladas honras. Os salió al encuentro en una de las calzadas, os entregó dos collares con camarones de oro a cambio de los cuales le pusisteis al cuello un collar de margaritas y diamantes de vidrio, os llevó por las calles de la ciudad, vos del brazo de Cacamatzin, rey de Tetzcuco, y os alojó con toda vuestra gente en el palacio donde había vivido Axayácatl, su padre. Por su propia mano os condujo a una de las salas del palacio; y allí, dejándose llevar

como siempre de su preocupación funesta, tuvo la debilidad de decirnos que reconocía por señor natural a vuestro rey y estaba dispuesto a cumplir lo que mandarais. ¿Os habíais atrevido a esperar tanto en vuestros más locos sueños? No se consideró ya Moctehuzoma dueño de sí mismo y accedió a cuanto quisisteis. Toleró que convirtierais vuestro palacio en fortaleza, y permitió que vos y vuestros capitanes entrarais con armas en sus aposentos. Se inmutó al oír de vuestros labios que Quaulipopocatzin por su orden había dado muerte en Nauhhtlán a dos españoles; y no sólo ordenó que prendieran desde luego al matador y sus cómplices, sino que también se dejó prender él mismo, llevando la baja hasta el punto de calmar y acallar la justa irritación del pueblo. A los pocos días os hizo juez de Quaulipopocatzin, de un hijo suyo y de otros quince varones principales, y consintió que públicamente los quemarais y a él privadamente le echarais grillos. A vuestra instancia convocó por fin a los grandes del reino, y bien que con lágrimas, les dijo que debían reconocer por su señor al rey de España y poner en vuestras manos los tributos.

Acostumbrado el pueblo a la sumisión, no se atrevía a contrariar las órdenes de Moctehuzoma. Recibíalas con verdadero enojo la nobleza, pero tampoco osaba rebelarse: temía afrontar a la vez vuestras iras y el desagrado de su monarca. Sólo Cacamatzin tuvo entonces el valor de combatirlos. Moctehuzoma os lo entregó valiéndose de las discordias de Tetzcuco, y allí acabó al parecer todo conato de rebelión y de protesta.

Acomodóse Moctehuzoma a la servidumbre en que le teníais, y hasta os lo premió con innumerables larguezas. Os llenó de oro, de joyas, de finísimas telas, de plumas y de cuantos objetos de lujo la ciudad contenía; hizo que os viniera de todas partes oro en abundancia; y quiso daros por mujer a la más bella de sus hijas. La Nación en cambio, parte por vuestra altanería, parte por ver deshechas una tras otra las esperanzas que se le había hecho concebir de que saldríais del reino, sentía cierto disgusto que cada vez se fue acentuando y se convirtió al fin en odio. Vino la matanza de la fiesta Toxcall, y ese odio estalló en abierta rebelión y decidida guerra.

De poco sirvió entonces que de Zempoallan, donde acababais de vencer a Narváez, volarais a Tenochtitlán; la insurrección pudo más que vuestras armas y sucumbisteis. Los resultados fueron desastrosos. Moctehuzoma perdió la vida queriendo arengar al pueblo desde el pretil de vuestro palacio, y vos hubisteis de recurrir de noche a la fuga, perdiendo en ella vuestros tesoros y gran parte de vuestros soldados.

¿Fui acaso yo el que indujo el pueblo a la guerra? ¿Era después de este fracaso Moctehuzoma el espejo en que podía mirarme? A mi jui-

cio Moctehuzoma y vos anduvisteis desacertados. Os precipitasteis el uno en bajar, el otro en subir, y provocasteis la catástrofe. Caísteis sobre todo en el error de que la Nación, sin haber sido derrotado, podía continuar siendo en vuestras manos una masa inerte y blanda, susceptible de la forma que mejor os pareciere.

Muerto Moctehuzoma, subió al trono de México Cuitlahuatzín, su hermano. Cuitlahuatzín adoptó desde luego otra política. Pensó, como debía, en la defensa del imperio, principalmente cuando supo que los tlaxcaltecas, temerosos de nuestra venganza, os habían persuadido a que os quedarais en su tierra y prepararais contra nosotros otra campaña. Se procuró no sólo armas sino también amistades: trabajó porque Tetzcuco, que había perdido a su rey Cacamatzín en vuestra retirada, nombrase sucesor que nos fuese adicto. Logró que nombrasen a Cohuanacoxtzín, que estuvo con nosotros hasta su muerte.

Murió Cuitlahuatzín a los pocos días de haberse ceñido el *copilli*, y yo no hice más que proseguir su obra. Afirmé las mal seguras relaciones con los reinos vecinos, especialmente con el de Michoacán, el más poderoso, y me esforcé cuanto pude por atraerme a los tlaxcaltecas, base y cimiento de vuestra conquista. ¡En cuán poco estuvo que lo consiguiera! Xicotencatl estimó en mucho mis razones y mis ofrecimientos, y habría ganado indudablemente a los demás señores sin la fe que ya en Cristo tenían.

Por esos tlaxcaltecas y los acolhuas, no lo dudéis, triunfasteis en México. Por los tlaxcaltecas os ganasteis a los vecinos chololtecas y los huexotzincas, y con los soldados de los tres pueblos os apoderasteis de las provincias de Tepeyacac, Itzocán y Quauhliquichólac. Entre los acolhuas de Tetzcuco seguían las discordias que habían sobrevenido a la muerte de Netzahuilpilli. Estaban contra Cohuanacoxtzín sus hermanos; y éstos por boca de Ixtlilxochitl os fueron a ofrecer en Tlaxcallan sus servicios, os aseguraron que tendríais por vuestra su capital en cuanto llegaseis a los lagos, y por vuestra la tuvisteis.

La suerte no se os podía presentar más favorable. En Tlaxcallan labrasteis con toda seguridad las piezas de vuestros proyectados bergantines e hicisteis los acopios para armarlos; en Tetzcu(u)co las ensamblasteis sin resistencia; y por un canal que los acolhuas os abrieron os introdujisteis en nuestras aguas. ¿Quién os los transportó y defendió de Tlaxcallan a Tetzcuco? Veinte mil tlaxcaltecas. Sin su favor y el de los acolhuas, ¿qué habríais hecho?

Decíais los españoles que los acolhuas y los tlaxcaltecas valían poco. Valdrían poco contra vuestros soldados, no contra los nuestros. Ellos y nosotros, ¿no éramos acaso de la misma raza, de esa raza que considerabais inferior a la vuestra? Actos de bravura hicieron por otra parte



tlaxcaltecas y acolhuas que igualaron, si no superaron, los de vuestros mejores capitanes. Ixtlilxochitl, a quien yo habría sacrificado sin vacilar como traidor a la patria, valía tanto como vos en el consejo y en la guerra.

Ixtlilxochitl fue el que de acuerdo con vos obligó a Cohuanacoxtzín a recogerse en Tenochtitlán con la gente que pudo; él quien os entregó la ciudad de Tetzcuco. Puso en lugar del fugitivo Cohuanacoxtzín a Tecocotl su hermano, y asumió el mando del ejército. El daño que nos causó es indecible; la ira que en mí encendieron sus actos, tremenda. No podía yo ver con calma que tanto valor y tanta pericia se empleasen en pro de nuestro común enemigo.

En vuestro poder Tetzcuco, nuestra situación era difícilísima. Tetzcuco era una ciudad grande, culta, bien fortificada y abastecida, cabeza de un reino reducido, mas de grandes y numerosos pueblos: podía ser, como fue para vos, centro de operaciones, semillero de soldados, arsenal, puerto de retirada y de refugio. Para nosotros no había de ser sino un peligro, cuando no un azote.

Tenochtitlán no desmayó, sin embargo. Tenía fe en su valor y su fortuna. Como os había arrojado de su seno, esperaba rechazaros de sus puertas. De no conseguirlo, estaba resuelto a perecer antes que rendirse. Temía vuestra venganza, como Tlaxcallan temía la nuestra.

No se arredró Tenochtitlán ni cuando ganasteis a vuestra amistad los pueblos de los acolhuas; ni cuando recibisteis de Oriente y Mediodía multitud de gentes; ni cuando os apoderasteis de las ciudades de los lagos; ni cuando en Tetzcuco hicisteis alarde de más de 100 000 hombres, los distribuisteis en tres cuerpos, establecisteis uno en Coyahuacán y otro en Tlacopan y reservasteis el tercero para acudir adonde lo exigiera el mayor peligro; ni cuando echasteis en nuestras aguas los trece bergantines, ni cuando os decidisteis a entrar por uno de los caminos de la ciudad rompiendo albarradas y cegando puentes. Entrasteis y salisteis uno y otro días: los nuestros os esperaron siempre a pie firme, y al retiraros cargaban sobre vosotros sin que los detuviera ni el revolver de vuestros caballos ni el hierro de vuestras lanzas. Adelantabais, pero ¡en cuán poco estuvo que sucumbierais! Acordaos de lo que os sucedió en Xochimilco: por milagro escapasteis de la muerte.

Aquel descalabro os hizo más cruel de lo que habíais sido. Entrasteis quemando las casas y los palacios de las calles que ganabais, sin exceptuar siquiera el que meses antes os había dado Moctehuzoma por alojamiento. No perdonasteis medio de acabar con nosotros: recurristeis a las más pérfidas artes. A más de 50 000 hombres disteis u ocasionasteis la muerte en los últimos días de tan espantoso asedio. Ni a mujeres ni a niños respetasteis. Os quisisteis adelantar al hambre, que ya entonces llevaba sobre 50 000 víctimas.

La paz porque me rogabais no la quería nadie. Al principio peleaban y morían los nuestros por la patria; al fin peleaban y morían por no sobrevivir a sus deudos. Buscaban ya todos en la muerte el término de sus desventuras. “Matadnos -os decían-, para que dejemos de sufrir y vayamos a nuestro dios Huitzilopochtli, a los esplendorosos palacios del sol, morada de los guerreros que mueren en combate”. Seguía yo los impulsos de mi pueblo, y consideraba indecoroso rendirme donde tantos héroes habían combatido hasta perder la vida. Ganasteis así, no una ciudad, sino sus escombros; no una población, sino un cadáver.

Pretendéis decorar vuestra conducta suponiendo que os propusisteis civilizarnos. Al pisar nuestro territorio no llevabais otro objeto que rescatar oro y recoger cautivos para venderlos. Después que os enterasteis de que existíamos, concebisteis más altos pensamientos y no vacilasteis en quebrantar la fe que por un contrato debíais a Velázquez. Fundasteis una colonia y establecisteis un Ayuntamiento con el principal fin de que os nombrasen jefe de las fuerzas que os acompañaban; y ya con este generalato emprendisteis vuestra marcha a lo interior del reino, asegurando falsamente que erais portador de una embajada de vuestro rey para Moctehuzoma. Temisteis que no os desconcertaran los amigos de Velázquez el plan que os habíais trazado; y, para quitarles toda idea de volverse, antes de partir disteis al través con vuestras naves.

No abandonasteis, con todo, vuestro primitivo intento. De Tabasco a Tenochtitlán recibisteis varios mensajes de Moctehuzoma: rechazasteis siempre los ruegos y las proposiciones que os hacía, nunca el oro que os enviaba. Ya en Tenochtitlán, le sonsacasteis toda la riqueza que pudisteis. Al ir a repartirlo entre vos y vuestros camaradas, por lo codicioso que os mostrasteis hubisteis de sostener grandes altercados y oír no pocas injurias. El deseo de salvar el botín ¡a cuántos de vosotros no ocasionó la muerte en la retirada de la *noche triste!*

En vuestra segunda campaña, sobre todo desde que llegasteis a la orilla de los lagos, el robo fue compañero inseparable del incendio. Es imposible encarecer la manera cómo saquearon nuestra ciudad así la gente de vuestros bergantines como la de tierra. Vencido, me preguntabais con ahínco por mis riquezas y las de mis mayores; y porque hube de contestar siempre que en vuestras manos habían desaparecido o estaban en el fondo del lago, cometisteis la iniquidad de darme tormento. Me lo disteis a mí y a mi deudo, el rey de Tlacopan, que en todo parecía destinado a compartir mi negra suerte.

No por esto opino que la codicia fuese el sólo móvil de vuestros actos. Lo fueron también el instinto de conquista y el afán de gloria. También el deseo de llevarnos a la fe de Cristo. No porque fuerais cruel, dejabais de ser religioso. Creíais firmemente en Dios, y a él vol-

víais con frecuencia el corazón y los ojos. Más de una vez os imaginasteis dirigido y salvado por la Providencia. Plantabais en todas partes la cruz y estabais siempre dispuesto a platicar sobre la excelencia del cristianismo y combatir la idolatría. Pecabais en este punto más por exceso que por defecto.

Vuestro fervor religioso os hizo intolerante y nada prudente. En hora buena que no hubieseis perdonado medio de abolir nuestros sacrificios; no debisteis nunca por vuestra propia mano arrojar, como arrojasteis, del templo las imágenes de nuestros dioses. No lograsteis con esto sino escandalizar al pueblo y espantar a Moctehuzoma. Lo hicisteis con el propósito de demostrarnos que se podía derribar impunemente nuestros ídolos; más sin prever que en días no lejanos podrían los nuestros arrancar, como arrancaron, del mismo templo las imágenes de Cristo y de la Virgen sin que tampoco se desquiciara el orbe. Repetisteis el acto durante el cerco de Tenochtitlán, y no sabéis hasta qué punto enconasteis contra vos y los vuestros el odio de los mexicas. Eramos nosotros, como decís, conquistadores: jamás nos atrevimos a poner las manos en los dioses de los vencidos.

No se apagó vuestro fervor religioso después de nuestra caída. Sentíais impaciencia por vernos cristianos, y pedíais ahincadamente a vuestro César que os enviara misioneros. Las conversiones fueron numerosas y rápidas, pero ¡cuán poco sólidas! Eran debidas unas al temor, otras a la falsa idea de que reconocer a Cristo no era sino añadir un dios más a los antiguos dioses. Cambiar las creencias de los pueblos no fue jamás cosa fácil; imponerlas fue siempre poco eficaz y peligroso. Un siglo después vivían aún en México bajo la superficie cristiana la teogonía y el culto de nuestros aztecas.

El tránsito de nuestra religión a la vuestra no habría sido del todo difícil, si se hubiesen llevado las cosas con prudencia y tino. Quetzalcoatl era por una de nuestras tradiciones hijo de una virgen. Había pasado por el mundo dando ejemplo de austeridad y penitencia. Aborrecía los sacrificios humanos: no oía hablar de sangre que no volviese la cabeza o se tapase los oídos. El era el que había establecido entre nosotros el bautismo, la confesión, el ayuno, el celibato sacerdotal, las comunidades religiosas de ambos sexos. Había sido primeramente rey de Tollan, después de Cholollan; y a pesar de no haber derramado sino el bien por sus pueblos, había sufrido la persecución de otros cultos y había debido abandonar la tierra. ¡Qué precedente no era ese Quetzalcoatl para el cristianismo!

Observad ahora las analogías entre vuestro bautismo y el nuestro. Nosotros con el agua purificábamos también los corazones de las manchas que en nuestro sentir traían desde antes del principio del mundo:

veíamos en el agua un principio de regeneración y de vida, y con ella mojábamos primero los labios, después el pecho y por fin la cabeza y el cuerpo del recién nacido. Practicados estos ritos, no tardábamos en ofrecerle a los dioses.

Tenéis aún hoy una falsa idea de lo que fue la religión azteca. Poned a un lado sus sacrificios y sus extravagancias. Llenaba el fin social tan bien o mejor que la vuestra. Unía a los hombres y los acostumbraba de niños a la obediencia y la disciplina. Por sus numerosas y brillantes fiestas a que concurría todo el pueblo, los mantenía en la paz y la concordia, y por algunos de sus preceptos los hacía contribuir a la limpieza y a la hermosura de la ciudad, ya barriendo las plazas, ya recomponiendo los caminos y caños por donde corrían las aguas. Partiendo, además, del carácter invasor de nuestra raza, a la guerra nos consagraba y con destino a la guerra nos educaba y nos instruía. Ésta, nos decía al bautizarnos, no es sino tu alojamiento; tu tierra es el campo de batalla.

La religión lo era todo en nuestra monarquía. Nos tomaba el sacerdote a los cinco años y no nos dejaba sino a los diez y ocho. Educaba e instruía al príncipe como príncipe, al noble como noble y al plebeyo como plebeyo; más nos adiestraba a todos en el manejo de las armas y nos sometía a los trabajos de la guerra. Por esto veíais brotar de todas partes soldados, pudo Ixtlixochitl organizaros en días un ejército de 50 000 hombres y hubisteis de pelear en Tenochtitlán con enemigos que incesantemente se renovaban. Sacerdocio y milicia estaban estrechamente unidos, Moctehuzoma y yo antes que reyes fuimos sacerdotes de Huitzilopochtli.

No os hablaré ahora de la profundidad de ciertos dogmas. Muchas cosas a vuestros ojos absurdas tenían para nosotros honda significación y alto sentido. Constituían una verdadera red teológica nuestras ceremonias y nuestros ritos. ¿A qué hablaros de ellos cuando reconocí y reconozco la superioridad de vuestra sencilla teodicea y vuestra liturgia? En Tenochtitlán fui de los primeros que abrazaron la religión cristiana: víctima de vuestra crueldad, ratifiqué mi creencia al pie del patíbulo.

Nuestro saber no era tampoco igual al vuestro. Habíamos no obstante medido con tanta o más precisión que vosotros el curso del sol, la luna y otros astros, y teníamos una cronología que en nada era inferior a las de Europa. Nos regíamos por un sistema de numeración cuya base era el veinte. Conocíamos las leyes de la Geometría y las aplicábamos a las artes de la construcción, en las que sobresalíamos desde remotos tiempos. No nos arredraba la edificación fuera de terreno firme: en medio de un lago habíamos establecido la capital azteca.

Admiraban los monumentos del Anáhuac por lo sólidos, lo bien labrados y lo grandes. No hay quien no encarezca las pirámides de

Cholollan, Papantla y Xochicalco. Vos mismo no hallabais palabras con que transmitir a vuestro emperador las impresiones que os produjo el templo mayor de Tenochtitlán. ¿Qué no dijisteis de los palacios y los jardines de Moctehuzoma? A donde quiera que fuisteis hallasteis con sorpresa casa en que alojaros con toda vuestra gente.

Carecíamos, efectivamente, de escritura y no podíamos fijar el pensamiento sino por medio de jeroglíficos que, a excepción de los simbólicos y algunos de los figurativos, no eran sino ayuda de la memoria. Gracias, no obstante, al hábito, que todo lo facilita y lo allana, leíamos nosotros en aquellas pinturas los principales sucesos de nuestra historia, el lugar y la fecha en que ocurrieron y los personajes que en ellos figuraron; la sucesión de los días, los meses, los años, los ciclos y las edades en que habíamos dividido el tiempo; los tributos que había de satisfacer o los servicios que había de prestar cada una de nuestras ciudades; cuántas eran y cómo estaban distribuidas las tropas del reino, las lindes de las tierras, el estado de las industrias, las penas de los delincuentes, las costumbres.

Suplíase también la escritura por la enseñanza oral, que transmitía de generación en generación los conocimientos. La enseñanza y la educación no estaban allí circunscritas a determinadas clases: dábales el sacerdocio, según os he dicho, a los hombres todos, que sus padres quisieran, que no quisieran; y la transmisión de los pensamientos, como la de los buenos modales, no era fácil que se interrumpiese.

Esa generalidad de instrucción y educación había hecho de nosotros un pueblo culto. Nos distinguíamos de los demás por el gusto y la delicadeza. Claramente lo revelaban la hermosura y el aseo de nuestras poblaciones, nuestras casas de Tenochtitlán con sus azoteas y sus dobles jardines, la esplendidez de sus fiestas que se celebraba en honor de los dioses y los reyes, nuestro amor a los adornos, los perfumes y las flores.

Hasta la plebe era allí más instruida y culta que vuestros ignorantes y groseros soldados. Había recibido sobre todo lo necesario para la vida lecciones prácticas; y así entendía de las labores del campo, como de levantar una tienda o construir una casa. No confundía las plantas ni los animales. No desconocía tampoco a nuestros héroes: los cantaba frecuentemente en los patios de los templos.

No íbamos desnudos. De paz, nos cubrían el cuerpo el *maxtli* y el manto; de guerra, la armadura de cuero. No iban más vestidos en vuestra antigüedad pueblos muy civilizados.

En medios de vida ¿quién nos aventajaba? Ponderasteis vos mismo la grandeza y la abundancia de nuestros mercados. “Aquí se vende—decíais— de cuanto hay en la tierra; aquí hay todo linaje de vituallas

y mantenimientos”. Carecíamos de trigo; pero teníamos en cambio el maíz, del que sacábamos pan, miel y vino.

La agricultura se hallaba en estado floreciente: con cercas las heredades, rectos los surcos, altos los camellones, prolija la labor, serpenteando por todas partes el agua, tal vez conducida por largas atarjeas. Gozo daba ver nuestros maizales, nuestros algodones, nuestros cacahuales, huertas como la de Huaxtepec y jardines como los de Tenochtitlán y Tetzcozcinco.

No era menos floreciente el estado de nuestras artes. Lo confesasteis vos mismo y aún lo encarecisteis. Excelentes os parecieron nuestros artículos de barro, sobre todo nuestra loza, ordinariamente pintada, que podía resistir la acción del fuego, según visteis por los braseros que debajo de cada plato poníamos en invierno a fin de que las comidas no se enfriaran. De nuestros tejidos llegasteis a decir “que no se los podía hacer ni mejores ni tan buenos en parte alguna del mundo, como no fuesen de seda, ya se considerará lo fino de su labor, ya la brillantez y la variedad de sus colores”. No hablasteis con menos entusiasmo de las delicadas ropas que componíamos con las vistosas plumas de nuestras aves, trabajo realmente sin par en la tierra. “Ni en bordados ni en cera —escribisteis— cabría cosa mejor”. Os fijasteis hasta en las esteras que nos servían, ya de cama, ya de asiento, ya de abrigo o adorno en los estrados, y las ponderasteis por lo vario de su color y de su forma.

Os maravillaron nuestras joyas, y más aún que nuestras joyas, las reproducciones de seres vivos que, en oro, plata, pedrería y plumas ostentaban los jardines de Moctehuzoma. No acertabais a comprender con qué instrumentos se las había podido hacer tan perfectas, ni vacilabais en afirmar que habíamos sobrepujado a los plateros de Europa. “No es posible —añadiais— que príncipe alguno haya nunca tenido tan nuevas, tan raras ni tan portentosas prendas”.

Os regaló un día Moctehuzoma unas cerbatanas con una red de oro para los bodoques. Os sorprendieron, no sólo sus brocales, de oro labrado, sino también sus cañas, en que, con bellos colores y atinados matices, venían figuradas muchas y muy diversas aves y plantas.

Si con carecer de hierro obramos, Cortés, tales maravillas, calculad lo que habríamos hecho si lo hubiéramos tenido. Se cae en grande error cuando se cree que sólo por marcadas sendas va a su perfección el hombre; se las abre nuevas todo pueblo que vive aislado de los demás, siempre que la necesidad le agujijonea.

El comercio no era entre nosotros tan limitado como a primera vista pudo pareceros. Al Mediodía se extendió siempre más allá de las fronteras. Cuando vosotros vinisteis, cambiaba nuestros productos con

los productos mayas. De antiguo organizaba grandes expediciones que, trocando no pocas veces por las armas los báculos de viaje, mantenía violentamente sus fueros y daba ocasión a guerras y conquistas. No eran entre nosotros objeto de animadversión los mercaderes: constituían una de las clases del Estado, gozaban de inmunidades y privilegios y rivalizaban con la nobleza.

La importancia del comercio interior la pudisteis apreciar por vuestros mismos ojos. En nuestra plaza de Tlatelulco, dos veces mayor que la mayor de España, visteis todos los días comprando y vendiendo hasta sesenta mil almas. No teníamos pesas ni medidas, tampoco moneda acuñada; pero sí almendras de cacao que las supliesen, amén de ciertos canutillos de oro que facilitaban los cambios. No por esto el tráfico se nos hacía difícil. Nos lo hacía mucho más difícil la absoluta privación de bestias de carga. Culpa nuestra no fue; no nos las daba la naturaleza.

El comercio marítimo, el de altura, ese nos fue realmente vedado. No nos llevó el genio nacional por las industrias navales. Dependió, a mi juicio, no sólo de haber ignorado la existencia de otro continente, sino también de no haber tenido a la distancia que vosotros islas importantes. De habernos llevado el genio nacional por las artes de la navegación como por tantas otras, ¿quién sabe si nosotros y no vosotros habríamos sido los descubridores, si habríamos nosotros descubierto la Europa como vosotros descubristeis la América?

Asómbrame que de cosa tan eventual hayáis vosotros hecho título de ocupación y de dominio. Llega Colón a las costas de Guanahaní, enarbola al poner el pie en tierra la bandera de Castilla, y por ante escribano toma en nombre de sus reyes posesión de la isla. Le seguís los que tras él vinisteis; y en vuestro loco afán por dominarlo todo, llegasteis a tomar posesión ante escribano público del mar que llamasteis del Sur y hoy lleva el nombre de Océano Pacífico.

Vosotros, que tanto blasonabais de juristas, ¿por qué principio de derecho pudisteis nunca apropiaros lo que descubristeis? Concibo que lo hicierais con islas desiertas, no con territorios poblados de seres tan hombres como vosotros.

Para con nosotros, los mexicas, no invocasteis como título el descubrimiento, más tampoco lo adujisteis mejor. ¿Con qué razón ni justicia pretendisteis que rindiéramos homenaje y tributo a vuestro D. Carlos? Ni lo conocíamos ni él nos conocía; no teníamos para con él ni él para con nosotros motivo alguno de hostilidad ni de queja; vivíamos separados de él y él de nosotros nada menos que por el color, la raza, la lengua, las costumbres y un mar inmenso que ni aun con vuestras naves cabía cruzar en días. ¿Nos habíamos atravesado ni nos podíamos atravesar en su camino? Tenía allá en Europa hartas naciones enemi-

gas en que satisfacer su espíritu de engrandecimiento y explayar su ambición y su soberbia.

Habéis confesado paladinamente que obrasteis por el derecho de la fuerza, y con el fin de cohonestar vuestra conducta me habéis echado en cara que también nosotros lo aplicábamos. Jamás a vuestro modo. No hicimos nunca nosotros la guerra, sino provocados por las vecinas gentes. Si las vencíamos, nos limitábamos a imponerles tributos en especies y en sangre; no les quitábamos jamás ni sus leyes ni su gobierno. Vosotros, por lo contrario, acabasteis pronto con nuestros reyes: ni a los de Tetzcuco conservasteis. Años después labraban algunos la tierra por sus manos; otros, hambrientos y haraposos, os las tendían en demanda de una limosna. Me refiero ahora no sólo a los reyes de los lagos, sino también a los señores y caciques de los demás pueblos.

Duros y crueles fuimos nosotros con los prisioneros de guerra, frecuentemente inmolados en aras de los dioses; nunca a par de vosotros con las gentes de las naciones vencidas. No se nos ocurrió jamás hacer esos inicuos repartos de hombres, que vosotros *designasteis* con el nombre de *encomiendas*; jamás poner con fuego marcas indelebles en las espaldas de los que contra nosotros se hubiesen levantado en armas. Como a los caballos los herrabais vosotros.

Si algo puede abonar las conquistas, es el buen trato de los conquistadores. ¿Fue bueno el que vosotros nos disteis? Jamás gimió pueblo alguno bajo tan horrenda servidumbre; jamás cayó sobre ninguna nación vencida tan espesa lluvia de males. Lo confiesan vuestros mismos historiadores, y cuando no lo confesaran, lo dirían en alta voz los hechos. En México fuisteis vos el que inició los repartos de hombres; los iniciasteis con el fin de remunerar a vuestros soldados. Se los hizo después para todo género de servicios, especialmente el de las minas, objeto principal y constante de la codicia de vuestros compatriotas. Por centenares caían allí aquellos infelices siervos del trabajo. A lo rudo de la labor se añadía la ruda e impía condición del que los mandaba. Esa ruda condición existía por desgracia en los más de los *encomenderos*.

Os apresurasteis a difundir el cristianismo; mas ¿quién lo había de considerar religión de paz y de amor viendo la dureza de vuestros corazones? “Si tan humano es vuestro Dios —os preguntaban— ¿cómo se explica que bajo vuestro poder hayamos perdido la libertad y la ventura en que vivíamos al amparo de nuestros dioses?”. Carecían vuestros conmitones, no sólo de caridad para con los vencidos, sino también de respeto para con los mismos prelados de la Iglesia. Llevados del demonio de la lujuria y el de la codicia, llegaron a prohibir a nuestros indígenas toda relación con vuestros sacerdotes. Querían el freno de la religión para las pasiones de los demás, no para las suyas. No habréis



olvidado, supongo, los escándalos que entonces hubo: de parte de esos escándalos fuisteis vos testigo y acaso víctima. ¿Era así como se debía ni se podía derramar por aquellas regiones el Evangelio?

Como uno de los signos de nuestra inferioridad habéis citado la carencia de unidad política. Cuando pusisteis el pie en México, ¿teníais esa unidad en la Península? Según oí de boca de vuestros capitanes, quedaba aún independiente un reino, y lo eran no hacía cuarenta años Aragón y Castilla. Tres reyes había en el valle de Anáhuac, pero los tres confederados hacía dos siglos. Desde la caída de Azcaputzalco deliberaban juntos los tres sobre sus comunes intereses; separadamente y cada uno de por sí sobre los propios. Tenía esta confederación antecedentes en nuestra historia: doce siglos atrás, en el periodo tolteca, la había habido entre los señores de Colhuacán, Otompan y Tollan. Renovada entre los de México, Tlacopan y Tetzcuco, subsistía cuando entrasteis en Tabasco, a pesar del predominio que observasteis en el de México.

¿Por contrario a la unidad tenéis este régimen? ¿No la establece acaso, sin mengua de la libertad de cada reino, la común deliberación y resolución de los comunes negocios? Ese régimen, notadlo bien, lo han adoptado las más de las naciones de América al emanciparse de Europa: ¿dejan por esto de ser unas?, ¿dejan de ser consideradas como unidades por los demás pueblos?

Sin el predominio de Moctehuzoma os habría sido mucho más difícil la conquista. No habríais podido ahogar en germen, como ahogasteis, la rebelión de Cacamatzín, rey de Tetzcuco. No habríais logrado introducir, como introdujisteis, la discordia en el palacio de los acolhuas, base, como os he dicho, de vuestra segunda expedición a los lagos. No la división del Anáhuac en tres reinos, sino la tendencia a la unidad que tan importante estimáis, fue una de las causas de nuestra ruina.

¡Ah, Cortés! Pretendéis en vano justificar vuestra conquista. Nada hubo que la autorizase; nada vino después a legitimarla. Abundosos y tempranos fueron sus males; escasos y tardíos sus bienes. Esclavo quedó México en cuanto lo vencisteis, y esclavo permaneció durante siglos. Cuando llegó la hora de que se redimiera, ¡qué de restos no subsistían aún de su bárbara servidumbre!

#### CORTÉS

No temáis, querido Guatemuz, que me queje de vuestros apasionados juicios. Sois aún aquel fogoso espíritu que os llevó a defender vuestra ciudad, aun viendoos reducido a la plaza de Tlatelulco. Inspira vuestras palabras el noble sentimiento de la patria y merecéis aplauso. Principalmente por este alto sentimiento os hice yo la guerra. Poco me parecía el

mundo entero para extender los dominios de Castilla. No bien vi en vosotros un dilatado reino, os lo he dicho ya, entré en vivas ansias de ganarlo y no perdoné medio de conseguirlo. La empresa fue grande, temeraria, loca: la acometí viendo que, si eran inferiores mis fuerzas, eran superiores mis armas. Confié también en Dios, tenedlo por seguro: yo era fervoroso creyente, por más que, siguiendo la general costumbre, procurase compaginar mi religión con mis deseos y aun con mis pasiones. El soldado, ¿por qué no decirlo?, prevalecía en mí sobre el cristiano.

Ya empeñado en la conquista, ¿qué queráis que hiciera? A cada paso veía crecer las dificultades y los peligros. Más que la idea de imponerme por el terror, el instinto de conservación, no pocas veces ciego, me condujo a los actos de crueldad que tan de relieve habéis puesto. Decís que en mi primera expedición me precipité, y quizá la razón os sobre; mas yo, no bien vi vuestra ciudad en medio de un lago con puentes levadizos en las calzadas que la unían con la tierra firme, con azoteas en las casas, con elevadísimas torres por templos, con gentes sin número, conocí el riesgo en que me ponía y me desvívi por prevenirlo. Fue aún el instinto de conservación el que a los pocos días hizo que pusiera bajo mi poder a Muteczuma. Caso de muerte se me hacía toda tardanza en sustraerle a la sugestión de sus consejeros y quitarle la libertad y los medios de conjurarse en mi daño.

Vos, querido Guatemuz, fuisteis, como yo, hombre de guerra. Me inculpáis sin razón por los actos de mi segunda campaña. No, no tenéis derecho a quejaros de que yo tiñese en sangre a Temixtitán y la convirtiese en ruinas. Vos lo quisisteis. Os brindé, no una, sino muchas veces, con la paz, y os puedo jurar que la habría aceptado bajo las condiciones que más honrosas os hubieran parecido. Hasta a veros conmigo os negasteis. En situación tal, ¿había de levantar el cerco?

No lo consentían ni mi honor ni el de España. No lo permitía la fe jurada a los que se habían reunido bajo mi bandera. No lo aconsejaban ni aun vuestros intereses. Con retirarme os habría dejado a todos envueltos en las más sangrientas discordias civiles. De no alzar el cerco, ¿cómo no había de proporcionar la acción a la resistencia? Quemé cuando vi que desde las azoteas, atestadas de gente, caía sobre nosotros, así a la entrada como a la salida, un turbión de dardos y flechas, y habíamos de renovar todos los días la pelea en las mismas calles y plazas.

Añadís que me adelanté al hambre. Antes que hubiera acabado el hambre con vosotros, habrían podido ir gentes en vuestra ayuda. Fuera de algunas ciudades de los lagos, ¿qué teníamos nosotros al Occidente de México?

No hablaré más de los actos de la conquista. La guerra es un hecho anormal, y todo es anormal en la guerra. La razón la dirige, pero la

pasión la ejerce: las furias la acompañan. No sé que en parte alguna haya dejado de producir horrores como los que lamentamos. Llena está de horribles matanzas la historia; lleno de ruinas el mundo.

Más aún que por sus actos, por su origen os parece deplorable mi conquista; pero tampoco estáis en lo justo. Ley es de la humanidad que los pueblos más cultos absorban a los de menor cultura; sólo cuando los más cultos se corrompen y caen en la atonía suele ocurrir que la barbarie vaya a despertarlos y regenerarlos. Habéis hecho de vuestra civilización una fiel y brillante pintura, pero sin poder demostrar que nos igualarais ni en el conocimiento de Dios, ni en el de la naturaleza, ni en el de los medios más eficaces para el progreso. Justificada viene por este solo hecho mi conquista. Más cultos que vosotros éramos los españoles mucho antes de la venida de Cristo, y no pudimos evitar ni que nos invadiera Cartago ni que nos dominara Roma.

“¿En qué os habíamos ofendido?”, preguntáis cándidamente. ¿En qué habían ofendido a la Macedonia los pueblos del Asia sometidos por Alejandro? ¿En qué a la Arabia los pueblos de Africa y España, sojuzgados por los descendientes del Profeta? ¿En qué nuestra España a las repúblicas de Roma y de Cartago? No creéis, a lo que parece, justificadas las guerras sino por motivos inmediatos y directos. Al ávido de conquistas, ¡qué pocas veces le faltan! Los busca; y cuando no los encuentra, los provoca. Esto hacíais aun vosotros, según se infiere de vuestras propias palabras. Esos mercaderes que en extraños países trocaban el báculo de viaje por las armas, ¿qué eran sino agentes vuestros, enviados a promover cuestiones que dieran motivo a la guerra y a la conquista?

Apenas recibisteis las aguas del bautismo, recordadlo bien, Guatemuz, cobrasteis horror a los sacrificios humanos. Sin mi conquista ¿habríais podido fácilmente desterrarlos de vuestros altares? En mi primera expedición había logrado que Mutezuma los suprimiera: no bien me arrojasteis de la ciudad, los restablecisteis. Durante mi segunda campaña, en el desbarate de Tlatelulco me cogisteis vivos 60 soldados. Al son de vuestros fúnebres tambores los llevasteis desnudos en procesión a lo alto del templo del dios de la Guerra, los tendisteis de espaldas sobre la piedra de los holocaustos, les abristeis el pecho, les arrancasteis el corazón, lo ofrecisteis aún bullente al horrible numen y con el pie arrojasteis gradas abajo los cadáveres. Hecatombes como esa abundaban entre vosotros. Cuando llegué a los lagos, recordaban aún muchos la que se había hecho treinta y dos años atrás con millares de cautivos. Poner fin a tan bárbaras ofensas, ¿creéis que no legitimaba mi conquista? Salvé con mi guerra los fueros de la humanidad, por vosotros tan indignamente ultrajada y envilecida.

Que después de la victoria se desencadenasen en nosotros las pasiones y no admitiesen la ambición y la codicia ni aun el freno de la Iglesia, es desgraciadamente cierto. Cada uno de mis soldados se tenía por un conquistador, exigía la recompensa de sus servicios. El oro que nos dio Mutezuma lo perdimos casi todo en la retirada de la *noche triste*. El que recogimos durante el cerco fue poco, y aún ese lo llevaron en gran parte los tlaxcaltecas y los acolhuas. Según lo escaso que fue el botín debisteis de cumplir las amenazas que nos teníais hechas, debisteis de arrojar al lago vuestros tesoros. Crecieron de día en día los clamores de mis camaradas, y queriendo o no, hube de recurrir a los repartos de tierras y hombres que calificáis de inicuos. No tenía yo allí a mano las cajas del emperador, y había de sacar del país vencido todos mis recursos. Había de sacar recursos para él y para mí; y yo, no satisfecho con haberle dado una nación como la vuestra, hice, como no ignoráis, armada sobre armada a fin de aumentar sus dominios.

Que herré esclavos, decís. Fuera de herrarlos no llevé las cosas más allá de lo que otros conquistadores y vosotros mismos las llevasteis. En el trayecto de Veracruz a Temixtitán recibí frecuentemente entre otras dádivas la de esclavos y esclavas. Existía la esclavitud entre vosotros, y la que de la guerra procedía llevaba consigo el derecho a la vida y muerte.

No es propio ni digno de un hombre como vos, Guatemuz, censurar agriamente los desórdenes que a la conquista subsiguieron. Los hubo después de todas las conquistas, y los hubo de haber mayores después de la de México. No había sido allí el rey quien había promovido ni dirigido la guerra, sino uno de sus capitanes. El rey vivía a dos mil leguas de distancia: recibía él tarde mis noticias y yo tarde sus instrucciones y sus órdenes. Para colmo de mal tenía yo cerca del rey irreconciliables enemigos, y él se regía por un Consejo que interesadamente los oía. Ni el Consejo ni él podían fácilmente hacerse cargo ni de la índole de la conquista, ni de las condiciones de la tierra conquistada, ni de la respectiva situación de los vencidos y los vencedores. Los despachos que de España recibíamos, lejos de calmar los ánimos, los exaltaban, y lo que era peor, comprometían la dominación conseguida a costa de tantos esfuerzos. ¿Qué no habría podido suceder si, cuando acababa de reducir a la obediencia pueblos rebeldes, me hubiese dejado relevar por Cristóbal de Tapia, a quien había encargado el rey la gobernación de México, sabe Dios por qué motivos?

Me acusáis, Guatemuz, de muchas cosas de que no soy responsable. Lo habría sido de haberme coronado emperador de México; mas esto ni era lo fácil que muchos han creído, ni me lo consentía la lealtad que siempre quise guardar a mis reyes. Tras la espada fue la toga, y la

toga hizo buena la espada. Los odores en los primeros años de la Audiencia fueron aún más codiciosos que mis soldados.

Como quiera que fuese, si no vos, vuestra nación salió ganando. Hallóse de repente con el rico caudal de ideas y medios que habían atesorado Europa y Asia. Tuvo una fácil y precisa escritura en que traducir sus pensamientos y caracteres y prensas con que difundirlos a todos los ámbitos del mundo. Dispuso para los transportes por tierra de la bestia de carga; para los transportes por mar de la brújula y la nave de alto bordo.

#### GUATIMOZÍN

No prosigáis, Cortés, que si todo esto es de inestimable valor para el hombre libre, no para el que vive en la servidumbre. Hizo la conquista esclavo, no sólo el cuerpo, sino también el alma. ¡Ay del que no pensara con vosotros! ¡Ay del que volviera los ojos a los antiguos dioses! ¡Ay del que siguiera prácticas que vosotros tuvierais por supersticiosas! ¡Ay del que se atreviera a levantar la voz contra vuestros reyes o vuestros virreyes! Hicieron quemar vuestros sacerdotes los libros de nuestra cronología y nuestra historia sólo porque erróneamente los consideraron fomento de superstición y obra del diablo.

Habláis con mucha insistencia de los beneficios que nos produjo la religión de Cristo. ¡Cuán bella y dulce es en las páginas del Evangelio! ¡Cuán feroz y terrible no fue en muchos de los que os encargasteis de difundirla! Tal era la contradicción entre vuestras palabras y vuestras obras, que sin la gracia de Dios habríamos difícilmente doblado la cabeza sobre la pila del bautismo. No quería Jesucristo ni el exterminio, ni la guerra, ni la humillación de nuestros semejantes; quería que nos amásemos los unos a los otros como él nos había amado. No quería tampoco que fuéramos a orar donde nos vieran; quería que orásemos en nuestro cuarto, cerrada la puerta. Tampoco quería que le adorásemos en determinado lugar ni en determinado templo; en espíritu y en verdad quería que le adoráramos. Por los buenos actos hacía al hombre merecedor del cielo: “será cortado y echado al fuego -decía- todo árbol que no dé buen fruto”. ¿Acomodasteis nunca a esta santa doctrina vuestras acciones? ¿No veníais a ser, por lo contrario, dentro del cristianismo la imagen de esos hipócritas fariseos que tan dura y justamente censuraba Cristo?

Tan grave fue el mal, Cortés, que en realidad no sustituisteis una religión a otra religión, sino una idolatría a otra idolatría. Fanáticos y supersticiosos eran realmente mis súbditos; fanáticos y supersticiosos continuaron siendo. Cesaron los sacrificios: ésta fue la única ventaja.

CORTÉS

¿La reconocéis? Me basta. No me enorgullece tanto haberos sometido a España, como haber desterrado de vuestra nación los sacrificios. Los fines que conseguí borran las faltas que pude cometer durante la conquista y después de la conquista. Así lo han reconocido todas las generaciones que tras la mía se han sucedido en la tierra. Todas me han enaltecido: todas me han puesto entre los mejores capitanes y los más hábiles políticos.

GUATIMOZÍN

Ved, sin embargo, vuestra obra. La nación que a España sometisteis sacudió hace más de sesenta años vuestro yugo y es hoy una república. Recientemente ha vuelto los ojos a la lucha que vos y yo sostuvimos. No a vos que me vencisteis, sino a mí, que sostuve hasta el último trance la independencia de la patria, ha levantado un monumento. Miradlo. De la plaza Mayor de México parte un hermoso paseo que llaman de la Reforma. Hay en él dos glorietas: en la una, la estatua de Colón; en la otra, la mía. La mía está sobre un elegante pedestal azteca.

CORTÉS

Tengo yo un pedestal mejor: el de la cristiandad agradecida.

GUATIMOZÍN

Cristianos son los que me han erigido la estatua.

CORTÉS

¡Ingratos!

FIN